

LAS MUJERES TAMBIEN MUEREN

ALAR BENET





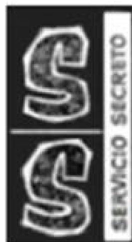
SS SERVICIO SECRETO



ALAR BENET

LAS MUJERES TAMBIÉN MUEREN

Colección **SERVICIO SECRETO nº 921**
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES
CARACAS – MÉXICO – RÍO DE JANEIRO


SAMUEL
BREUSAC


REBECA

Depósito Legal B 5.197-1968
Printed in Spain — Impreso en España
1.ª edición: abril, 1968

Mora la Nueva, *2.* Barcelona (España)
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1968

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
935. — El rancho Doble W.

En Colección COLORADO:
516. — Como una roca.

En Colección BRAVO OESTE:
190. — Caravana maldita.

En Colección CALIFORNIA:
544. — La ley del pasado.

En Colección KANSAS:
497. — «Cow Town», Dodge City.

En Colección SERVICIO SECRETO:
880. — Espionaje en Corea.

En Colección ARCHIVO SECRETO:
221. — El legionario.

En Colección BÚFALO:
737. — Pierre, «el Cobarde».

En Colección PUNTO ROJO:
195. — Locura homicida.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO
259.— ¡Esa mujer no es culpable!

En Colección SALVAJE TEXAS:
601. — La fiebre maldita.

En Colección ASES DEL OESTE:
448. — Tierra inhóspita.

1

—Vamos, querido. Abre la boca. Enséñame los dientes a placer. Quiero ver los años que tienes y cómo andas de caries. Te enfocaré bien la luz para no perderme el espectáculo. Si te resistes... Bueno. Ya probaste la culata de mi 38. Un poco dura, quizá, pero no tengo yo la culpa, sino el que la fabricó. Así. Me gusta que seas sensato.

El que hablaba era alto, delgado sin exageración, de mirada vivaz y rostro extraño, quizá debido a la nariz ganchuda y prominente, lo que le daba el aspecto de un ave de rapiña.

Su aspecto, sin embargo, no repelía, debido a que el resto de las facciones eran correctas y a que la expresión de la cara denotaba inteligencia y sinceridad. A veces los labios se distendían en una mueca agradable, poco común.

Era un hombre con personalidad, uno de los que se destacan siempre entre las gentes.

Se hallaba en pie, con un «Colt» calibre 38 en la diestra, asido por el cañón. En la culata del arma se veían unas manchas de sangre, medio coagulada ya.

Frente a él, un sujeto encogido en una silla, acobardado, con varias heridas en el rostro.

Su aspecto era repulsivo. Un *gangster* de los que muestran a diario al mundo entero las películas americanas, en un noble empeño propagandístico de exhibir las bellezas naturales del país, junto a «vamps», políticos ambiciosos, alegres divorciadas y financieros con más alma que una estatua.

El hombre, alto, de ojos de halcón y nariz ganchuda, dirigió la luz de un flexo, situado sobre una gran mesa de despacho, al rostro del que interrogaba y se acercó a él.

—¡Apestas a ajo! Recuérdame que te dé una charla sobre unos chismes de aseo que se llaman cepillos de dientes. Lo haré ahora. Se trata de un palito con unas cerdas en la punta, algo así como el bigote de un *dandy*. Se echa una pasta encima y se frota. Sale espuma y, al enjuagarse, también la porquería. Creo que conservas entre los molares parte de la leche de cabra con la que te criaron. Fue de cabra, ¿verdad? ¡Contesta!

El 38 rozó la mandíbula del que mantenía la boca abierta, conforme se le ordenó. Fue a cerrarla para hablar, pero un golpe seco, sobre la nariz, se lo impidió:

—¡Abiertas las fauces!

El individuo, aterrorizado, en pleno desconcierto, parpadeó con fuerza. La luz le hería en los ojos.

—Voy a examinarte como un dentista. Mañana pondré una placa en la puerta de esta casa, en la que se lea: «Samuel Breusac, de veintisiete años, agente federal, de padre judío y madre francesa, licenciado en Filosofía y con tres cursos de Teología, especialista en quijadas. No. Va a resultar demasiado largo. Veamos cómo andas de huesos.

Examinó el interior de la boca del que le miraba con espanto.

—¡Es una alcantarilla, una cloaca! Pese a ello, por milagro divino, la dentadura está intacta. No me explico algunas cosas, Richard Costain, alias «Estiércol», alias «Matadentistas». No lo comprendo. Voy a hacerte un favor: sacarte a golpes media docena de muelas para que puedas continuar con tu deporte favorito: visitar a los odontólogos. ¡Cierra el sumidero!

Para ayudarle, Samuel Breusac pegó en la mandíbula al que trataba con tanta dureza. Después, se apartó unos metros.

Richard Costain, con una expresión de pánico y de dolor en su rostro abotargado, dijo:

—Pido que se me conduzca al Distrito de la Metropolitana más inmediato y permiso para llamar a mi abogado.

—¿Ponemos una conferencia para que te envíen certificada a una chica mona, con las medidas exactas? ¡Estoy dispuesto a cualquier sacrificio por ti! ¿Alta, baja, morena, rubia? ¡Dime cómo la quieres, cachorro de sapo sarnoso, retoño preferido de mamá cuervo!

—¡Deseo que me proteja la ley!

Chispearon de ira las pupilas de Samuel Breusac.

—¡Yo soy la ley! Número dos de mi promoción en el FBI. El uno me lo birlaron por política. ¡Así son las cosas! No me importa mucho. Me interesaba ser un federal y lo conseguí. En el carnet no figuran las calificaciones de Quántico. Cuando un sujeto me apasiona acostumbro a traerle a mi domicilio particular para tener un rato de charla con él, sin testigos. Después, le entrego donde procede con un informe y una confesión firmada. Algunos hacen el viaje en ambulancia, por cortesía del Gobierno. ¡Me temo que tú serás de esos! ¡Conozco un golpe bárbaro! Voy a revelarte el secreto. ¡Es fenomenal! Me lo enseñó un japonés.

Breusac se apoderó de una silla, sentándose en ella a horcajadas. Sus codos se apoyaron en el respalda. Costain le miraba con pavor.

—La única dificultad consiste en acertar con el menisco. Se pega en vez de con la culata con el cañón ladeado, de forma que el punto de mira desgarre la piel. Los que lo experimentaron aseguran que se siente una descarga eléctrica y un dolor insoportable. ¿Lo ensayamos?

Bajo la luz del flexo, Samuel advirtió que su enemigo sudaba copiosamente. Estaba pálido como la cera. Dijo de nuevo:

—¿Vas a desmayarte? No. Traer gusanos a casa, aun en plan de

detenidos, me obliga a realizar desinfecciones periódicas para que se disipe el olor a cuadra, a niño sucio en su corralito. Contigo tendré que utilizar un millón de litros de insecticida. ¿Te explicaron lo que es un cuarto de baño, un grifo con agua? ¡Ampliaré tu cultura, muchacho!

El tono burlón reflejaba una ferocidad sin límites. Richard Costain pidió, bronca la voz:

—¡Quiero llamar a mi abogado!

El agente del FBI se puso en pie, apartando la silla.

—¡Eres poco original! Casi como una de esas canciones modernas que repiten siempre las mismas palabras, tres o cuatro, y que nos dan la tabarra.

—¿Qué quieres de mí? ¡Todavía no me lo has dicho! Breusac sonrió.

—Me alegra que me tutees. ¡No hay nada como la confianza! Pondré las cartas boca arriba, a mi manera, sin prisa. ¡Me encuentro tan a gusto en tu compañía! ¡Es una pena que no te laves más! Te diré tres nombres. Quizá te sugieran algo. ¡No apartes la cabeza del foco de luz! Deseo mirarte a los ojos, chiquitos y legañosos. Robert Shaw, Eric Ambler y Paul Hogan. Los tres médicos, especializados en odontología. Ciudadanos honorables de los que pagaban sus impuestos. ¿Qué te evocan?

Samuel advirtió pánico en la mirada de su interlocutor.

—Nada. Nunca los oí antes.

—¿Tampoco les viste?

—No.

—¡Lástima!

El seco comentario se produjo al mismo tiempo que la diestra del agente federal se movía con rapidez. El choque de la culata del 38 contra una de las mejillas de Costain fue terrible. Hombre y silla cayeron a tierra.

—¡Levántate, perro!

Costain, medio aturdido, se puso a gatas, en un esfuerzo por incorporarse, pero la puniera del zapato de Breusac le pegó con fuerza en las costillas, derribándole de nuevo.

—¡En pie! ¡No seas torpe!

Gimiendo de dolor, Richard volvió a intentarlo y otra vez se desplomó bajo el impacto del pie de Samuel en la mandíbula.

—¡Más rápido!

Durante casi cinco minutos, Breusac impidió que el detenido cumpliera sus órdenes. Al fin, se retiró unos pasos.

—¡Vamos! ¡Me cansa el juego! ¡Levanta la silla y siéntate!

Richard Costain tardó en hacerlo. Se tambaleaba.

—¡No tienes derecho a tratarme así!

—Te refrescaré la memoria. Robert Shaw, Eric Ambler y Paul Hogan fueron asesinados. En las fichas de clientes figura tu nombre. Las enfermeras lo anotaron, en un trabajo de rutina. Tus visitas se produjeron,

¡qué casualidad! el día anterior al de sus muertes. Supongo que hiciste desaparecer el volante que te permitió el acceso a las consultas, pero ignorabas que de todo se saca copia y que las matrices quedaron en los talonarios. Te llevaste o destruiste los originales. Sin embargo, tu nombre quedó registrado en la oficina. ¡Una imperdonable imprevisión! ¿Comprendes ahora por qué me interesaba tu dentadura?

Richard Costain tembló de forma ostensible. La presencia del federal le infundía pavor.

—¡Sólo contestaré en presencia de mi abogado! Samuel se burló.

—Terminaré poniéndole música a la frase. El contrapunto de la melodía serán los golpes de la culata del 38. «Quie-ro-ver-a-mi-a-bo-ga-do». Ocho sílabas poéticas, en virtud de la sinalefa. Me encuentro en franca inspiración. Te prepararé una coartada. Así.

El cañón del revólver se aplastó contra la boca del detenido, reventándosela.

Esta vez, Richard mantuvo el equilibrio.

—¿Te arranqué un diente o dos? Puedes escupir. Pensaba cambiar la alfombra. Costain hizo lo que se le indicaba. Breusac miró el sangriento salivazo.

—Veo que dos. ¡Este «Colt» es una maravilla de eficacia! ¡Ah! Para que sepas lo que te espera, Paul Hogan era mi cuñado, marido de mi hermana Rebeca. Por eso me encargaron el caso. A nadie le extrañará que te trate mal. Diré a mis jefes que te lanzaste contra mí, que luchamos. Nadie investigará. ¿Comprendes?

La respiración de Costain, fatigosa, se convirtió en un jadeo entrecortado.

—Apenas me digas la verdad te entregaré a esa ley en la que quieres ampararte y gozarás de la presencia de un abogado. Hasta entonces... Bueno. No tengo prisa. Es más, casi me divierte que me des esta oportunidad.

No era cierto. A Samuel Breusac no le divertía aquello. Siempre le repugnó la violencia, pese a verse envuelto en ella a diario por imperativos de su trabajo.

La astucia se reflejó en los ojos de Richard Costain.

—¡Mientes! Los delitos comunes pertenecen a la metropolitana y no al FBI.

—Eso es cierto, muchacho, pero... tú sabes de sobra que detrás se oculta un problema de espionaje. Los tres odontólogos pertenecían a centros oficiales, de donde faltaron documentos de importancia que sabemos se encuentran en un país de detrás de la cortina de bambú. Nos lo han comunicado nuestros agentes. Tal vez ellos fueran traidores, aún no sabemos cómo ni por qué, y los mataron para que no hablaran o constituyesen un problema.

—¿Tu cuñado también un traidor?

—También. ¡Fíjate si soy sincero contigo! Me muevo en el terreno de las hipótesis, claro está. ¿Reconoces que fuiste a verles?

El interrogado cerró la boca, sangrante, en gesto de obstinación.

—Lo siento por ti. Te convertiré en un saco de arena.

Costain, desesperado, saltó hacia adelante con el propósito de golpear con la cabeza el pecho de su enemigo. Samuel, con una rapidez inconcebible, se ladeó a tiempo y la culata pegó en el hombro de su antagonista.

—Esperaba que lo hicieses, Richard. Por eso no te até. Ya es auténtica defensa propia. Soy hombre de fuertes convicciones morales y empezaba a remorderme la conciencia.

Richard, notando un terrible dolor en el brazo izquierdo, a causa del golpe recibido, se encaró con el miembro del FBI.

—¡No me defenderé!

—Pienso que es una treta y... Serán tres minutos para empezar.

Samuel Breusac necesitó diez. En los tres primeros castigó duramente a Richard. Los siete restantes fueron necesarios para que el forajido recobrase el conocimiento y se sentara de nuevo, a impulsos de un empellón.

Costain volvió a escupir. Un colmillo cayó en la moqueta.

—¡Eres peor que un *gangster,* Breusac!

—Necesitarás una dentadura postiza. ¡Palabra de federal! Sigamos... Balística examinará tu pistola. Es posible que los proyectiles que se hallaron en los cadáveres salieran de esa arma. Si es así, como sospecho, nada ni nadie te librará de la silla eléctrica. Te sentías seguro, en absoluta impunidad. Fue un error de tu parte. El mal siempre es exterminado. Me gustaría llevarte al cuarto de baño para que te mirases al espejo. ¡Estás irreconocible! No es sino el principio. La noche larga, ¡oven. Apenas son las doce. ¡No resistirás! Dime tres cosas: ¿quién cometió los asesinatos, por qué y el nombre de tu jefe? Eso es todo. Empieza. Te concedo sesenta segundos. Suena más largo que un minuto.

Samuel miró su reloj de pulsera, simulando abstraerse en la contemplación del avance de las manecillas.

Deseaba que Costain hablase, no seguir interrogándole con tanta dureza.

Recordó las palabras de su jefe, el duro, el implacable inspector Heinz Mac Lean:

—¡Quiero resultados rápidos! ¡No me importan los métodos!

A Breusac le resultaba inconcebible que Paul Hogan se hubiese mezclado en nada turbio.

Su cuñado era un hombre bueno, el mejor de los hombres, según le dijo su hermana Rebeca, llorando desconsoladamente sobre el cadáver.

Aunque Breusac nunca tuvo mucho trato con Paul Hogan, debido a las múltiples ocupaciones de ambos, le estimaba sinceramente, considerándole digno de confianza.

Si las sospechas se consolidaban y los tres odontólogos resultaban mediadores o enlaces con el grupo de espionaje, tendría que modificar su criterio.

—Pasó el plazo. Voy a partirte la rodilla, a convertirte en un inválido para el resto de tu vida.

Aunque Samuel no pensaba llegar tan lejos, empuñó el revólver con fuerza, de forma teatral, y antes de que Richard pudiera evitarlo, le pegó en la pierna derecha, con fuerza calculada para no producirle ninguna fractura.

Costain se encogió como un cachorro apaleado.

—¡Basta! ¡No sigas!

—De ti depende. Te escucho.

El *gangster* miró en todas direcciones, presa del más vivo pánico. Su miedo era espantoso. El federal tuvo la certeza de que se enfrentaba a un asesino.

Se previno a tiempo.

Por segunda vez, Richard le atacó para recibir un terrible vapuleo, más duro que la vez anterior. Breusac procuró medir la fuerza de sus brazos para no sumirle en la inconsciencia.

Pese a su aparente calma y a sus palabras anteriores, tenía prisa. El inspector Heinz Mac Lean, avisado por él, no tardaría en presentarse.

Costain, en un rincón de la estancia, se hallaba inmóvil. Richard le golpeó con la puntera del zapato.

Inquieto, sin saber por qué, se inclinó sobre el cuerpo. Un olor a almendras amargas le hizo comprender que...

—¡Se ha envenenado!

Comprendió lo ocurrido. Sin duda, Richard llevaba una cápsula con cianuro oculta en la dentadura. Ello significaba...

Sí. Sus sospechas fueron ciertas. No se trataba de un malhechor a sueldo, sino del fanático miembro de un grupo de espionaje. Tal vez el pánico, la certeza de su inmediato fin, bien a manos del que le interrogaba o de la justicia, le forzaron a actuar así.

Samuel, erguido, notó que un sentimiento de congoja le atormentaba.

La muerte le imponía respeto. Nunca pudo acostumbrarse a ella, a pesar de sus tres años de servicio y de la frecuencia con que tuvo que contemplarla cara a cara.

El fin de Richard Costain significaba un rotundo fracaso, la pérdida del único que podía llevarle al descubrimiento de la verdad.

Le costó más de una semana localizarle.

¿Cómo pudo ser tan ingenuo?

El veneno actuó en escasos segundos, mientras él contemplaba a su víctima, hecho un ovillo en un rincón, pensando que trataba de ganar tiempo para reponerse.

Depositó el «Colt» sobre la mesa y, perdida de pronto su vitalidad, abrió el mueble-bar para servirse whisky, que bebió con avidez.

El recuerdo de su hermana le angustió. ¡Ella era su única familia, muertos sus padres, bárbaramente inmolados, en la Alemania nazi!

Le asaltó una idea de pronto. ¿Por qué no investigar en la ascendencia de los tres hombres muertos? Quizá algún nexo les uniera, además de su condición de científicos al servicio del Gobierno.

Lo haría. Empezar de nuevo era duro. Sin embargo, no le quedaba otro remedio.

Pensó en el pasado. Sus padres cometieron el error de abandonar Estados Unidos, donde él y Rebeca nacieran, para regresar a su patria, de donde ya no les dejarían salir.

¿Por qué la violencia, el odio, el fanatismo, se enseñoreaba en el mundo, sembrando la desgracia de seres con derecho a ser felices?

Los hermanos Breusac, con otros niños, fueron repatriados a Norteamérica, después de laboriosas gestiones de la Cruz Roja, meses antes de que se declarara la guerra que había de ensangrentar el mundo. La sangre judía que por su padre llevaban fue el gran obstáculo, vencido a duras penas.

De una caja de tabaco extrajo un cigarro habano, encendiéndolo. Apenas lo hubo hecho, el sonido de un timbre le sobresaltó.

Llamaban a la puerta.

Franqueó el paso a un hombre de unos cuarenta y cinco años, de mandíbula cuadrada y rostro de luchador.

El inspector Heinz Mac Lean era de estatura media, de ancho esqueleto. Impresionaba su fortaleza física.

—Hola, Samuel. Hizo usted un buen trabajo. ¿Cantó ya?

—¡No cantará nunca, jefe, por desgracia para nosotros!

—¿Escapó?

Breusac pudo advertir un contenido gesto de ira en Mac Lean. ¡Era un individuo inflexible con los errores ajenos!

—Algo peor. Pase.

Los dos se respetaban. No había en su trato familiaridad alguna.

Muchas veces se preguntó Samuel quién era el culpable de que sus relaciones fueran tan frías, tan oficiales, sin acertar a darse la respuesta.

Vio cómo el inspector federal se inclinaba sobre el cadáver, acercando su nariz a la boca del muerto.

—¿Se envenenó?

—Sí. ¡Fui un estúpido al no pensar en semejante posibilidad! Tal vez le asusté demasiado.

—No por los golpes. Le encuentro muy entero.

—Sin duda él fue quien mató a Shaw, Ambler y Hogan. Guardé su pistola en el cajón central de mi mesa y le hablé del laboratorio de balística y de la silla eléctrica. El miserable, acorralado, tiró por el camino más fácil, tal vez por el que le prepararon los que le mandaban para una circunstancia así.

—Es posible. ¿Qué piensas de cara al futuro?

Samuel Breusac, en pie, tuvo que hacer un esfuerzo para no contestar con violencia al que le interrogaba de forma tan directa, sin una palabra de reproche o incomprensión, como si nada le importara más que el curso de las investigaciones.

Allí había un hombre muerto. Un asesino, quizá, pero un hombre. Él, con su dureza, le forzó a actuar a la desesperada. También se hundían muchas horas de trabajo.

¡Y todo el comentario de Heinz Mac Lean era preguntarle por sus planes, sin darle tiempo a reaccionar!

Le odió de pronto.

Le había ocurrido ya en otras ocasiones, pero nunca con tanta intensidad como entonces.

Aspiró profundamente el humo del cigarro y sus ojos chocaron contra los de su jefe en el FBI. Dijo, bronca la voz:

—¡A veces dudo si es usted un robot o un ser con sangre en las venas!

—¿Por qué esa impertinencia, Breusac?

El interrogado se mordió los labios, en un formidable esfuerzo por dominarse. Después se dirigió a su sillón de trabajo, sentándose en él. —Acomódese donde guste, jefe.

Heinz, al otro lado de la mesa, erguido como un poste, repuso, sin amabilidad:

—Estoy bien de pie.

—¡Allá usted! Me ha preguntado qué pienso hacer. Por lo pronto, un informe. ¿Quiere que sé lo anticipe verbalmente?

—Sí.

El laconismo del inspector era peculiar en él. No obstante, en aquella ocasión a Breusac le irritaba más que de costumbre.

—¿Debo levantarme para hablar con un superior?

Si esperaba una respuesta negativa, o cortés, se equivocó.

—No es mala idea, pero yo no se la he sugerido. Al fin y al cabo, esta es su casa.

—Celebro que no lo olvide. Continuaré como estoy. Usted es dueño de proceder como se le antoje.

—Nada me agrada tanto como su sinceridad, Samuel.

El agente del FBI intuyó una oculta burla en la réplica, pero no pudo valorarla en su justa expresión Sentándose detrás de la mesa de trabajo,

miró a Heinz Mac Lean que, imperturbable, permanecía en el centro de la habitación.

Con frase lacónica, sin más palabras que las necesarias, refirió su interrogatorio con la mayor fidelidad posible. Ironizó, al terminar:

—Espero órdenes.

—¿De veras no desea plena iniciativa?

—No. Me gusta ver cómo razonan los jefes.

El inspector unió las palmas de las manos frente a su pecho, meditativo. A no haber sido por su aspecto tosco, por su rostro de luchador y las ropas oscuras hubiese parecido uno de los ángeles, en oración, de los cuadros de la pintura italiana del siglo XVII.

Era una actitud habitual en él.

Mac Lean se entretuvo en situar en contacto las yemas de los dedos de ambas manos, sin un milímetro de desviación entre ambas. Después, seco, habló:

—Robert Shaw, Eric Ambler y Paul Hogan estaban casados con mujeres de sangre judía. Curiosa coincidencia, ¿no le parece?

Breusac se sobresaltó. Aquella era la investigación particularísima que proyectaba hacer.

—¿Cómo lo sabe?

—Remontándome hasta la segunda generación de esas mujeres. Los tres hombres eran honestos, sin un: tacha que oponerles. Usted y yo, por separado, investigamos sus vidas y costumbres. ¡Gente honorable, incapaz no ya de un delito de traición, sino ni aun siquiera del menor acto, por insignificante que fuese, contrario a la ley! ¿De acuerdo?

—Por completo.

—Lo celebro. Los tres, sin embargo, son sospechosos de robo de documentos en los centros donde prestan sus servicios como médicos odontólogos para investigar los electos de la radiactividad en las caries y otras zarandajas con las que los científicos se complican la vida y nos la complican a la vez a quienes tenemos el deber de garantizar la seguridad del país. Ellos tenían acceso a una serie de datos secretos. El hecho de que un día antes de su muerte les visitara ese individuo —señaló el cadáver de Richard Costain—, nos hizo adivinar, en parte, lo sucedido.

Heinz guardó silencio. Breusac asentía íntimamente al razonamiento de su jefe, pero su animosidad le impidió manifestarlo en voz alta.

Se limitó a dar nuevas aspiraciones al cigarro y a entretenerse ocultando su rostro tras las espesas volutas de humo, en espera de que Mac Lean continuara, lo que no tardó en ocurrir.

—Casi tengo la certeza de que les extorsionaron, obligándoles a realizar lo que no deseaban. ¿Cómo? A través de sus familias.

—¡Rebeca no sabe nada! ¡Ella me lo hubiese dicho! ¡Es mi hermana!

—Lo sé. ¿Se le ocurre algo mejor?

—El tipo de chantaje, quizá.

—¡Exacto! Quienes conocieron en su carne o en la de sus familiares los efectos del terror nazi son más susceptibles a dejarse acobardar. ¿De veras insiste en recibir órdenes?

Breusac frunció los labios, obstinado. Le irritaba la agudeza de su jefe, no sentirse superior a él.

—Sí.

—La mujer de Robert Shaw es una viuda inconsolable, con dos niños. ¡Déjela en paz! Su hermana... Usted sabrá lo que corresponde hacer. El objeto de sus investigaciones inmediatas debe ser la que fue esposa de Eric Ambler. Según mis informes, no parece muy triste. Él le llevaba veinte años. Esther es un dulce encargo hasta para un ogro como usted.

—¿Debo darle las gracias, inspector?

—¡Debe obedecerme!

Mac Lean era impermeable a las ironías. Las cortaba siempre con sequedad, imponiéndose autoritariamente.

Samuel, levantándose, inquirió:

—¿Qué vamos a hacer con Richard Costain?

—Pida una ambulancia por teléfono. El forense nos facilitará un informe completo... del que borraré lo que se refiera al mal trato. Le recomiendo, para el futuro, que lea novelas policíacas o de espionaje. Los autores pusieron de moda en los agentes disponer de un método rápido y sencillo para matarse. Acostumbran a colocar una muela falsa en sus dentaduras, desplazable a una presión de la lengua. ¿Y si hubiese sido un accidente y él no hubiera querido suicidarse? Advertí su boca destrozada. ¡No me responda ni se disculpe! ¡Nunca lo sabremos! ¿En qué piensa ahora? ¡Vamos! ¡Suéltelo!

Sorprendido, Breusac aceptó el reto.

—En que hubiese hecho usted un buen capataz de negros en cualquier rancho del Sur, hace un siglo, o...

—¿O un jefe de campo de concentración alemán? ¡Mi nombre germano viene arrastrado de cuatro generaciones! ¡Soy americano de sangre y de nacimiento!

Samuel palideció. Sí, aquella era la razón de su hostilidad. El inspector había puesto el dedo en la llaga.

—¿A qué viene eso?

—¡Ya es hora de que eche las cartas sobre la mesa, agente Breusac! Estoy harto de sus brusquedades, de sus reticencias. ¡Haga méritos para ascender y se librará de mí! Mientras, no hay otra nacionalidad, ni presente ni remota, que la que nos liga a través de tres siglas: F.B.I. ¿Entendido?

Samuel se pasó la mano derecha por el mentón. Aún en la certeza de que se excedía en el comentario, repuso:

—¡Me revientan los tipos sin vida privada, que se apegan a sus posiciones oficiales para demostrar su superioridad!

—¡Sin chapa y con ella valgo más que usted!

Breusac aplastó el cigarro en un cenicero de cristal de roca.

—¡Sería cuestión de verlo!

Heinz se envaró.

—¡No le daré esa oportunidad! ¡En lo sucesivo va a arrepentirse de su actitud de ahora! ¡No tome la menor iniciativa sin consultármelo! ¡Trabajará a mis órdenes, como un muñeco que caminara o se parará conforme yo estire de un hilo! ¡No me gustan los que convierten sus problemas personales, sus odios raciales en la razón suprema de sus vidas! ¡Esther es su objetivo! ¡Infórmeme de lo que averigüe, y pronto, o le relevaré del servicio! ¡Cuidado con lo que va a contestarme! No me importará formarle un expediente y hundirle para el resto de su vida!

Había tanta agresividad en Mac Lean que Breusac, pese a su cólera, se tragó las palabras que pugnaban por salir de sus labios.

Con mano trémula, tan intensa era su ira, asió el audífono para ponerse en comunicación con el hospital de la policía. Una vez que hubo solicitado la ambulancia, se encaró con Heinz:

—¿Algo más, jefe?

—¿Es una despedida? ¿La mía?

El aspecto de ave de rapiña de Breusac se acentuó.

—En la sucesivo procuraré que todos los interrogatorios se realicen en Jefatura. No mezclaré mi casa con mi trabajo bajo ningún pretexto para evitar intrusos.

Mac Lean enrojeció.

—¿Yo soy el intruso?

Breusac puso malicia en la respuesta.

—Me refería a Richard Costain. Los jefes no son intrusos porque... porque son jefes, una razón suprema que ellos nunca olvidan. No le ofrezco un whisky porque no es bueno beber en acto de servicio. Yo lo haré apenas me quede solo, sin cadáver y sin... inspector.

Los dos hombres se miraron con hostilidad, en silencio. Heinz, sin una palabra, se dirigió hacia la salida. Ya en la puerta, que enlazaba el despacho con; pasillo que conducía al exterior, se volvió:

—¡Quiero informes cada doce horas! ¡No lo olvide.

—¿Deberé pedirle permiso previo si me veo obligado a besar a Esther para confiarla?

—¡Váyase al diablo!

Breusac esperó unos segundos hasta oír un seco portazo y mientras se servía un whisky se dijo a sí mismo que se comportaba mal, que Mac Lean no era merecedor de aquel trato.

Él era siempre el que rompía las hostilidades. En aquella ocasión le sacó

de quicio al pedirle, rígidamente, órdenes después de habérsele dado carta blanca para actuar.

¡Esther Ambler, la esposa de Eric, era una fruta madura! Recordaba el brillo vital de sus ojos, secos de lágrimas, ante el cadáver de su marido, el traje de luto, muy ceñido, comprado en el mejor modisto de Nueva York, el carmín atenuado de sus labios, gordezuelos, sensuales, temblones a cada palabra!

Era una de esas mujeres que parecían besar a todos los hombres a quienes se dirigía. Una fémina, redonda y apretada. ¡Una mujer de revista frívola o de cabaret de precio!

¿Cómo acercarse a ella con naturalidad, sin que sospechara que era objeto de una investigación? Quizá fuese mejor decirle a modo de saludo…

2

—¡Hola, primor! ¿Qué tal te va de viuda apetecible?

Esther, que buscaba un taxi junto a la acera, frente a su domicilio, se volvió rápida. Al identificar al que le hablaba repuso, sonriente:

—¿Desde cuándo los federales tutean a personas que apenas conocen?

—Desde que se consideran libres de enojosas formalidades y disfrutan de unas horas de permiso. Mi jefe me soltó la cadena hasta mañana y yo me dije que podía visitar dos monumentos: la Estatua de la Libertad o a Esther Amblar. ¡Me decidí, sin dudarlo! Tengo ahí mi coche. Te llevo donde quieras, lo más lejos mejor para que dure tu compañía.

—Iba al peluquero.

—¿A qué te tiña el pelo de negro para que el luto sea perfecto? Me gustas más rubia. ¿Sabes que llevo dos noches sin poder dormir pensando en tus encantos? A los solterones, de vez en cuando nos dan ataques de fiebre.

—No se puede tener calor y libertad a la vez... ¿Cuál es tu nombre? Las dos veces que hablaste conmigo te limitaste a enseñarme una chapa.

—Soy Samuel Breusac. Llámame querido. Te aseguro que me harías feliz.

El agente del FBI miraba a su interlocutora con esa sonrisa cordial que hermoseaba su rostro restándole agudeza y convirtiéndole en ingenuo.

Ella le midió de arriba a abajo y pareció complacida del examen. Dijo:

—Acepto tu coche... querido.

—¿Para ir al peluquero? Son casi las doce. ¡Deja esa visita y demos un paseo! Te invito a comer en cualquier restaurante al aire libre y después... Bueno. No quiero decirte lo que me gustaría después. Como soy un tímido, me lo callo.

Esther rio suavemente, atraída por el cinismo y la personalidad del que le hablaba.

—Acepto ese paseo en automóvil. Iba a que me alborotasen el cabello para matar el tiempo.

—Soy maestro en determinados alborotos. ¡Pobre Eric! Lo que se perdió dejándose matar! Vamos caminando hacia mi coche. Tuve que aparcarlo en la otra esquina.

La cogió del brazo.

Breusac tragó saliva, previniéndose íntimamente. Su forma de comportarse había tenido éxito. Temió en principio que Esther le rechazara, muy en su digno papel de viuda. El hecho de que no hubiera sido así indicaba que...

—Sube.

Abrió la portezuela de un «Aston Martin» descapotable último modelo. Samuel, rodeando el lujoso vehículo, se acomodó junto al volante. Introdujo la llave de contacto y el motor roncó suavemente.

—¿Te gusta la velocidad, preciosa?

—Tú eres partidario de ir muy deprisa en todo ¿verdad?

La pregunta era de doble sentido. Samuel, con el embrague a fondo, se volvió a la mujer.

La miró a los ojos pareciéndole ver en ellos una chispa burlona.

—Sí; siempre que puedo, al menos.

—Tienes un buen coche. ¿Da para tanto el sueldo de federal?

—Me llega apenas para pagar la gasolina y el piso en el que habito. Mis padres tenían aquí negocios. Los vendí al morir ellos comprando acciones rentables. Aunque te decepcione, nadie me soborna.

—¿Por qué había de decepcionarme?

—Quizá por ese clima de emoción y aventura que, muy en lo íntimo, seduce a las mujeres. Soy un hombre extraordinario, sí, pero dentro de la ley. Hay quién opina que haría un buen marido. No lo creo. Tengo mis opiniones sobre el matrimonio. ¿Te interesa conocerlas?

—¡Claro!

Breusac aparentó no advertir el matiz burlón del breve comentario.

—El éxito de las bodas es que combinan el máximo de tentaciones con el máximo de oportunidades. Un fulano escribió una vez que el matrimonio procede del amor como el vinagre del vino. ¡Dios le libre a un hombre bueno de una esposa fiel y constante! Hay féminas que renuncian a martirizar a varios y se encarnizan con uno solo. No quiero, por pudor, decirte lo que dejara impreso en letras de molde un inglés universal. Soy muy pudoroso, ¿sabes? Y tímido.

—Ya lo veo. A mí me sucede lo mismo.

—¡Qué bien! ¡Somos tal para cual! ¡Me alegro de que empecemos compenetrándonos! En vista de ello te contaré lo que pensaba callar. «El matrimonio —escribió Shakespeare—, empieza por ser una tontería realizada por dos y acaba siendo una galera en la que reman tres y hasta más». ¡Romántica frase! ¿Tú y Eric remasteis siempre solos? Él vivía dedicado a sus estudios. ¿Te molestarás si soy sincero?

Para evitar que en un arrebato de ira se apeara, Samuel arrancó rumbo al sur de Manhattan.

El matrimonio Ambler tenía su domicilio, que era a la par consulta, en los más céntrico de Nueva York.

Breusac advirtió que el recuerdo de su marido entristecía algo a la fémina desvergonzada que le acompañaba y pensó que el remordimiento es una gran cosa.

—Es la segunda vez que me hablas de Eric. ¡Él era un hombre bueno! ¡Cometió el error de casarse conmigo!

—¿Imbecilidad compartida, según los clásicos?

—Tal vez, al menos por su parte.

Samuel la notó triste y siempre sin desviar la vista del intenso tráfico, exclamó:

—¡No volveré a nombrártele! ¡Es mala táctica!

—Táctica, ¿para qué?

—Para enamorarte.

A través del espejo retrovisor Samuel pudo ver algo inquietante. Un «Ford» negro no perdía de vista el automóvil. Pensó que podía tratarse de una coincidencia aunque, muy en lo íntimo, deseó que no lo fuera.

—Tomaremos una copa en Battery Park. Conozco un restaurante en New Jersey. Altos setos aíslan las mesas, hay altavoces disimulados que emiten música suave y un excelente cocinero hispanoamericano.

Breusac continuó hablando, cada vez más incisivo en sus ideas.

Samuel se previno. En el juego emprendido, poco edificante para puritanos, arriesgaba la piel, sobre todo desde que advirtió por segunda vez la presencia del «Ford» negro.

Ya en Battery Park, el agente del FBI volvió a tomar del brazo a la mujer, y se acomodó junto a la fémina en uno de esos taburetes de «bebe, paga y márchate». La postura de Esther, encaramada en el pequeño potro de tortura era tentadora, adorable.

Bebieron tres martinis secos, con ginebra. Breusac dijo, insinuante:

—Tengo hambre.

—Yo también.

Ella le miró con descaro al montar en el automóvil.

Al arrancar de nuevo, el «Ford» negro, aparcado a distancia, volvió a ponerse en marcha. En el asiento delantero iban dos hombres cuyos rostros no pudo Breusac distinguir.

Le costó trabajo despreocuparse de lo que podía ser una mortal amenaza y se esforzó en mostrarse entusiasmado con Esther.

Al llegar al Holland, túnel que enlaza la isla de Manhattan con Nueva Jersey. Samuel pudo advertir que el «Ford» se hallaba pegado a él, casi rozando el parachoques posterior del «Aston Martín». Conforme encendía las luces de ciudad se dispuso no perder de vista a sus enemigos, lo que no iba a resultar fácil en la semi penumbra del túnel.

Despacio, uno más en la apretada fila de vehículos, manejando equilibradamente el embrague y el pedal de freno, el agente del FBI hubo de admitir que ningún sitio mejor que aquel para un ataque a traición. Podían dispararle con un silenciador sin que nadie lo advirtiera y seguir la marcha bordeando la fila de vehículos al amparo de las zonas previstas para tales desviaciones.

Todo podía ser fácil si realmente aquellos hombres se proponían liquidarle.

Respiró con alivio al hallarse al otro lado del túnel, a pleno sol, y apenas se hubo alejado del tráfico denso de la desembocadura del paso subterráneo, pisó a fondo el acelerador con el afán de distanciarse.

Lo consiguió al atravesar un semáforo una fracción de segundo antes de que se cerrara. Sólo entonces sonrió a Esther, quien le dijo:

—¿Qué te sucede? ¿He dejado de interesarte de pronto?

—Dispuesto a llegar al fondo del problema, a conocer si colaboró o no en la supuesta traición de su esposo. Breusac repuso:

—Nos siguen. Imagino que no les atraen solo tus encantos.

Ella no manifestó sorpresa. Sin embargo, su rostro se contrajo en una mueca de preocupación.

—¿Dos hombres que utilizan un «Ford» negro?

—En efecto, Mira atrás.

La mujer lo hizo, mientras Samuel reducía la velocidad de su automóvil para permitir aproximarse a los que no dejaban de asediarles.

—Son los que me visitaron ayer.

—¿Qué querían?

—Algo innoble. Eric firmó hace un mes una póliza de vida por doscientos mil dólares, dejándome de única beneficiaría. Pretendieron que renunciase al cobro de esa suma por suponerme enterada de que mi marido corría un grave peligro.

—¿Y no era cierto?

Una pregunta clave. La respuesta tardó en producirse:

—No. Fui la primera sorprendida por el asesinato. Imaginaba a Eric un ser rutinario, sin complicaciones.

—¿En nombre de quién actúan esos individuos?

—Según ellos, son detectives de la compañía de seguros.

—Pronto lo sabremos. Dentro de unos minutos llegaremos a una zona despoblada. Pararé el coche. Te situarás al volante apenas me baje. Si me tumban, pisa a fondo el acelerador. Este vehículo hace doscientos a la hora. Nadie será capaz de alcanzarte y menos por la carretera solitaria por la que vamos. La elegí a propósito.

—¿Y tú? ¿No será demasiado peligroso?

Breusac sonrió, fanfarrón, muy en su papel.

—No te preocupes. Soy especialista en arrancar dientes a perros de presa. Me interesa una charla con esos angelitos.

El agente del FBI miró en derredor. Se hallaba en un lugar ideal para poner en práctica sus planes.

Se orilló a la derecha, en una zona llana inmediata a la carretera. Esther dijo, con voz trémula:

—¡No lo hagas! ¡Escapemos!

—Gracias por tu interés, ricura, pero jamás di la espaldas a mis enemigos. ¡No olvides mis instrucciones por si algo me ocurriera!

Apoyado en uno de los laterales del coche, sintiendo en su axila el consolador peso del «38», advirtió que el «Ford» se aproximaba, a velocidad más reducida.

Sin duda aquellos fulanos iban a detenerse, seguros de su superioridad numérica.

Tal confianza estuvo a punto de costarle la vida.

Cuando el vehículo perseguidor re hallaba a menos de quince metros de distancia, Breusac vio cómo aceleraba la marcha e intuyó lo que iba a suceder. Conforme se arrojaba a tierra, rodando por debajo del chasis del «Aston Martín», gritó:

—¡Tiéndete en el asiento, Esther! ¡Túmbate!

Mientras pugnaba por cubrirse más, Samuel desenfundó el «Colt», que no llegó a usar.

Percibió claramente el tableteo de una ametralladora y varios proyectiles levantaron la tierra a algunas pulgadas de su cuerpo. Un trozo de piedra le rozó la mejilla izquierda.

El ruido de los disparos se atenuó en parte por el mosconeo del motor del «Ford», a toda marcha.

Breusac, con un impulso de codos, asomó la cabeza por debajo de la aleta izquierda de su automóvil. El vehículo enemigo sé perdía a lo lejos, hacia el sur.

Se puso en pie con rapidez, enfundando su arma, ineficaz en una lucha a distancia, y antes de abrir la portezuela, acribillada a balazos en su parte inferior, oyó una voz consoladora:

—¡Samuel! ¿Te encuentras bien?

—Sí. ¿Y tú?

—Supuse que había llegado mi último momento. Por fortuna, tu aviso me salvó.

Esther, muy pálida, acababa de erguirse.

—¡Déjame ese sitio!

—Pero...

Breusac, sin más palabras, saltó por encima de la puerta aplastando casi a la mujer, que se apresuró a retirarse.

Crispado el semblante, puso en marcha el «Aston Martín» lanzándose como un bólido en persecución de los frustrados asesinos.

Oyó a su derecha la respiración agitada de la viuda de Eric Ambler.

—Perdona mi brusquedad. Si no les cazamos, repetirán el golpe y quizá con más suerte. No tardaremos en avistarles.

La aguja del cuenta millas pasaba de los ciento diez.

—Me aseguraste que estabas de permiso —musitó Esther—. ¿Así son los ratos de ocio de los federales?

—¿Te aburres?

—Era mucho más tranquila mi vida con Eric. Te aseguro que no me

importa verme convertida en la heroína de una novela.

—Los héroes también mueren, preciosa. ¡Ahí les tenemos ya!

El aire producía un ruido sordo al chocar contra el parabrisas del descapotable, tanta era su velocidad. La aguja del cuenta millas se hallaba a tope.

La carretera, recta hasta entonces y en llano, comenzó a serpentear en el ascenso a una colina y Breusac aflojó la marcha para tomar una de las curvas entre un chirrido de cubiertas.

La distancia con el «Ford» negro se acortaba de forma visible. Por fortuna el tráfico era casi nulo. Tan solo se cruzaron en la persecución con tres turismos cuyos conductores, quizá, pensaron que el hombre que conducía el «Aston Martin» era un loco.

—Dentro de unos minutos les obligaré a pararse cruzándome delante de ellos. Tú tírate de nuevo en el fondo, Como la vez anterior. Es seguro que habrá fuegos artificiales.

Breusac, con la mandíbula crispada, en un gesto de fiera decisión, manejó el freno de mano en una curva, sin disminuir la marcha. El automóvil derrapó, sin salirse de la carretera.

—No tengas miedo, Esther. De dedicarme a corredor profesional sería también el número uno, como en todo lo que emprendo.

—Modestia aparte —bromeó Esther—. ¿No puedes ir un poco más despacio?

—Quiero cazarles antes de que lleguemos a un tramo peligroso de montaña.

La carretera comenzó a estrecharse, mientras su trazado se tornaba más sinuoso, más difícil.

La mujer, como fascinada, contemplaba la persecución. El «Ford» corría también velozmente, sin impedir el progreso del «Aston Martín».

Cuando apenas separaban a ambos vehículos un centenar de metros Samuel vio cómo el que acompañaba al chófer de los que huían giraba el cuerpo. A través de la ventanilla brilló el acero.

—No temas, Esther. A la velocidad que vamos es imposible precisar el blanco. De todas formas, túmbate en el asiento.

Ella, erguida, repuso:

—No quiero perderme detalle de lo que ocurra. Pensé que estas cosas solo pasaban en las películas de *gangsters*.

—Ya ves que no. ¡Protégete!

Breusac había sentido silbar los proyectiles sobre su cabeza. Sin duda el que disparaba era buen tirador o un hombre de suerte.

Ochenta... Setenta... Sesenta metros... Cincuenta...

La distancia se acortaba más y más entre chirridos de yantas y de frenos.

En la fiebre de la persecución, Samuel se agarrotó al volante. Estaba

metido de lleno en una curva muy cerrada, de doble zigzag. Igual le sucedía al «Ford».

El miembro del FBI, en vez de frenar, aceleró mientras giraba el volante a derecha e izquierda con rapidez a fin de impedir el vuelco.

Oyó un ruido ante él y pudo advertir que el automóvil ocupado por los que quisieron asesinarle arremetía contra uno de los «quitamiedos» laterales para precipitarse por un fuerte declive.

—¡Malditos estúpidos! ¡No se puede frenar en una curva! ¡Se sale de ella a golpe de acelerador!

En unos segundos, junto al sitio por el que se despeñaba el automóvil, Breusac detuvo el «Aston Martin».

El «Ford», que rodaba ladera abajo, dando vueltas como si hubiese enloquecido, estalló en medio de una enorme llamarada.

—¡Quédate aquí, Esther!

Samuel, apeándose del automóvil por encima de la portezuela, corrió monte abajo.

Le interesaba cazar vivo a uno de sus agresores.

Las llamas le obligaron a detenerse.

Por dos veces quiso aproximarse al automóvil pero no pudo conseguirlo. El «Ford» se había convertido en una gigantesca hoguera.

—¡Retrocede, Samuel!

Breusac, que había identificado la voz de Esther, hizo de nuevo por acercarse.

No pudo conseguirlo.

Unos dedos se aferraron a su brazo derecho, arrastrándole. No resistió.

Los que ocupaban el automóvil negro estarían ya muertos y el riesgo era demasiado grande.

El vivo resplandor le deslumbró mientras sonaba una fuerte explosión. Trozos metálicos incandescentes surcaron el aire en todas direcciones pero el agente del FBI se hallaba ya fuera de la zona de peligro.

—¡Eres un loco!

Él se volvió a la que le reprochaba su temeridad.

—Es posible, Esther. Sin embargo, hubiese dado cualquier cosa por interrogar a uno de esos hombres.

De nuevo la muerte le arrebataba su presa, impidiéndole progresar en las investigaciones. ¡La mala suerte se cebaba con él en un caso en el que deseaba llegar pronto hasta el final, no solo porque uno de los asesinados era el marido de su hermana, sino también para demostrar a Heinz Mac Lean que sabía realizar su trabajo!

—Nada podemos hacer, Samuel. ¡Lo ocurrido es horrible!

—Sí. Avisaremos a… Ya no es necesario. Ahí se acercan.

El sonido de una sirena indicó a Breusac que un vehículo de la patrulla móvil se aproximaba al lugar del suceso.

Apenas llegó a la carretera, el automóvil policíaco frenaba ante él. Un cabo y un agente saltaron del coche.

—¿Qué ocurrió?

El miembro de la Oficina Federal de Investigación mostró su carnet al que le interrogaba y preguntó a su vez:

—¿Cómo llegaron tan oportunos?

—Un conductor nos dijo que había dos locos al volante y que terminarían estrellándose. Nos apresuramos a venir. Por desgracia, veo que llegamos tarde. ¿Quiere decirme qué pasó o prefiere relatárselo al teniente?

—Lo haré gustoso, cabo. Los que iban en el «Ford» tirotearon mi coche. Vea en la portezuela de la izquierda los agujeros de bala. Salí en su persecución y en una curva se despeñaron. Eso es todo. Ignoro la identidad de mis agresores. ¿Puedo utilizar su teléfono para ponerme en contacto con mi jefe?

—Hágalo. Nosotros iremos abajo.

Con un extintor portátil, los dos miembros de la patrulla móvil de la Metropolitana descendieron por el declive de la montaña mientras Breusac, siempre en compañía de Esther, se acomodaba en el asiento delantero del coche policíaco pidiendo a la central el número del inspector Mac Lean. Por fortuna, se hallaba en su despacho.

—Escúcheme, jefe. Me encuentro en compañía de la viuda de Eric Ambler y...

Había dicho primero que Esther se hallaba con él para evitar cualquier imprudencia por parte de Mac Lean. Le constaba que la voz de su jefe era aguda y muy sensible el audífono, por lo que la respuesta podía ser escuchada por la mujer.

Hizo un breve relato de lo ocurrido, destacando el hecho de que en uso del permiso de que disponía quiso visitar a Esther.

Heinz, que no interrumpió ni una sola vez a Breusac, dijo con la voz chillona que tanto irritaba al joven agente:

—¡Siga con esa breve licencia aunque no me parece esa mujer la compañía ideal para un sabueso que quiere olvidarse del servicio! Supongo que ella no tendrá ganas de diversiones. En fin, allá usted. ¡Es cosa suya! Le espero a las diez de mañana en la oficina. ¿Algo más?

—No.

—Salgo ahora mismo para ahí. Me haré cargo de todo e investigaré quiénes y por qué quisieron borrarles del mundo de los vivos. Adiós.

Sonó un clic al otro lado del hilo y la comunicación quedó cortada. Breusac miró a Esther, que, sentada junto a él en el asiento delantero del patrullero, mostraba con prodigalidad sus pantorrillas.

—¿Crees que el inspector tuvo razón al decir que tú no eras la compañera ideal para un lobo que quiere convertirse en dulce cordero por

unas horas? ¿Nos dedicaremos a recordar a tu marido o…? Yo pienso que «o»…

La mujer lanzó una carcajada, algo histérica quizá.

—Demostraremos que tu jefe se equivoca. ¿Será difícil?

—El inspector Mac Lean es un imbécil. Ven conmigo. Hablaré con el cabo y nos largaremos a dialogar un poco con los pinos. Para comer siempre tendremos tiempo.

—Aún se ve abajo a los dos policías, intentando apagar el fuego. Me gustaría que…

Fue ella la que besó a Samuel.

Al fin pudo Breusac apartarse de Esther y bajar del automóvil en el momento que se aproximaba el cabo de la Metropolitana.

—Los cadáveres están destrozados. Será difícil su identificación. ¿Habló con su superior?

—Sí. Él se dirige hacia acá. Me ha autorizado a retirarme. —Como advirtiera una leve vacilación en el cabo de la Metropolitana, inquirió, mordaz a su pesar—: ¿Tiene algo que oponer?

—Nada, señor. Si no le importa, anotaré su número de carnet y su nombre. Es una simple formalidad.

—De acuerdo.

Minutos más tarde, el «Aston Martín» se ponía en marcha.

3

Después de vestirse, a Samuel Breusac no le extrañaba que ella no se hubiese despertado. La tarde y la noche anterior fueron muy activas en todos los órdenes.

En una hoja del bloc, que nunca le abandonaba, escribió unas líneas, depositando el breve mensaje en la mesilla.

Después, muy despacio, se dirigió hacia el *living* que enlazaba con la puerta de acceso al piso. Ella había preferido ir a su casa y a Samuel no le importó complacerla.

Acababa de abrir la puerta del departamento, cuando le sobresaltó el timbre del teléfono. Con paso rápido se dirigió al mueble bar, en cuya parte superior se hallaba el aparato, y descolgó el audífono:

—¿Quién llama?

El silencio fue la respuesta. Insistió:

—¿Quién es?

Oyó con claridad cómo colgaban y, pensativo, depositó el micro sobre la horquilla.

Ya en la calle, consultó su cronómetro. Faltaban veinte minutos para las diez de la mañana, tiempo más que suficiente para llegar a la Oficina Federal de Nueva York.

Mientras conducía su «Aston Martín» no dejaba de pensar, obsesivamente, en Esther. Jamás le encomendaron una investigación que le resultara tan grata.

Así se lo dijo al inspector segundos antes de acomodarse ante él, en la incómoda silla vertical frontera al sillón de trabajo, con la amplia mesa en medio.

Si esperaba una respuesta amable, se equivocó. Heinz gruñó algo ininteligible, *y* dijo:

—¡No perdamos el tiempo con ironías que a nada conducen! ¿Qué averiguó?

Samuel, tranquilo, encendió cachazudo un cigarrillo. Luego, dijo:

—¿Prefiere que le narre los hechos minuto a minuto, o le hago una síntesis? En el primero de los casos, va a ruborizarse unas veces y a morir otras de envidia.

—¡Acabe de una maldita vez! Dentro de unos minutos no le quedarán ganas de bromear.

Breusac se previno. ¿Qué insinuaba el ser despótico que le tocó en suerte como jefe?

—Hay algo extraño en esa muchacha, pero es imposible concretarlo. Tal vez se trate de una simple hipótesis. ¿Quiénes eran los que me atacaron?

—Temo que no va a ser posible averiguarlo —fue la réplica del inspector—. Los servicios de laboratorio trabajan en los restos carbonizados, pero no abrigo muchas esperanzas. ¡Se achicharraron materialmente!

—¡Lástima!

El seco comentario de Samuel, frío e impersonal, no denotaba compasión alguna por tan trágica muerte.

En el despacho imperó el silencio. Por dos veces, Heinz Mac Lean desvió sus ojos de los de Breusac quien, molesto, inquirió, no sin violencia:

—¡Suelte ya la bomba! ¿Qué es lo que no se atreve a decirme?

No obtuvo respuesta. El inspector, siempre sin mirarle, sombrío el rostro, jugaba con un abrecartas metálico, intentando colocarle de pie sobre la carpeta.

A Samuel le preocupó tal actitud.

—¿Qué ocurre?

Heinz vaciló.

—Quiero que sepa que, pese a sus modales reprobables y a su notoria indisciplina, le considero uno de mis mejores hombres. En el fondo, le estimo.

—Sí, pero muy en el fondo, tanto, que es imposible llegar hasta allí. ¿A qué el preámbulo?

—Le recuerdo que la obediencia es la primera virtud de un federal.

—¿Pretende que le adore como a un buda germano? ¡No lo conseguirá! ¡Eso quedó para Hitler y su pandilla!

Mac Lean enrojeció. Por unos segundos estuvo a punto de estallar. Se contuvo con un formidable esfuerzo.

—¡Buscaba la forma más humana de decirle que su hermana Rebeca fue raptada anoche por unos desconocidos, sin duda miembros del grupo que perseguirnos!

El agente del FBI permaneció inmóvil, sin que su rostro denotara emoción. Sin embargo, por sus venas circularon, primero, ríos de lava; de hielo, después.

—¡Continúe, inspector! ¿Qué más sabe?

—Recibí una llamada telefónica, anónima, hace una hora y me personé en el domicilio de su hermana. Encontré esta nota...

Tendió un papel mecanografiado a Breusac, quien o leyó en voz alta:

—«Quédense quietos y no investiguen más en torno a los asesinatos de Robert Shaw, Eric Ambler y Paul Hogan, o ella morirá de una forma terrible. Es la primera y única advertencia». Muy lacónico, jefe.

—Pero terrible. ¿Sabe lo que pienso?

—Sí. Que no vacilarán en hacerlo.

—En efecto. ¿Qué sugiere?

Samuel inclinó la cabeza con pesadumbre.

—No hay más que un camino: seguir adelante. ¿Ve otro?

Heinz, sincero, contestó:

—No. Sin embargo, podemos estudiar la situación, realizar las pesquisas de forma discreta y...

—Gracias por su buen deseo —interrumpió Breusac—. Ignoramos quiénes son nuestros enemigos. ¿No ve algo extraño, jefe?

El aludido asintió con el gesto y la palabra.

—Sí. Nadie ignora que en un caso como el que nos ocupa, no retrocederíamos, aunque estuviese en juego la vida de uno de los hijos del presidente. La nota refleja ingenuidad, algo impropio de seres con inteligencia. Por lo pronto, voy a sacarle de esto. ¡No quiero que sea usted mismo el que decrete la muerte de su hermana!

—¡No lo haga! Da igual uno que otro. Procuraré moverme con rapidez y... Pienso que anoche tuve la idea de ir a casa de Rebeca. No lo hice por dejarme enredar entre los brazos de la viuda de Ambler.

—¡Cumplía con su deber!

—No. Estaba seguro de que nada iba a conseguir ya, pero no supe apartarme de Esther. Pienso que, quizá con mi presencia, pude evitar el rapto.

Mac Lean se mostró comprensivo.

—Lo hubiesen hecho en otro momento. No es justo que se culpe. Lo peor de todo es que permanecemos en absoluta oscuridad, sin una pista que nos oriente.

—Es cierto.

—No nos es posible lanzarnos a una acción rápida por falta de objetivo concreto. Al movernos vacilantes todos nuestros pasos llegarán a oídos de quienes nos vigilan, y eso significa...

—La muerte de Rebeca. ¡Cambiaría mi vida por la suya! ¡Es todo cuanto me queda en el mundo!

Hubo un temblor en las palabras de Samuel. Su dureza, su impasibilidad se quebrantaban ante el recuerdo de su hermana, a la que quería con toda su alma.

—Le comprendo. Apártese del caso.

—¡No me lo ordene, Mac Lean! ¡Se lo suplico! ¡Jamás le pedí un favor! No me obligue a desobedecerle.

Los dos hombres se miraron en silencio. Heinz meditaba. Se decidió:

—Esperaba algo semejante de usted. Sea. Libertad de acción, Breusac. Infórmeme de lo que averigüe. Yo le transmitiré también lo que sepa.

Samuel se puso en pie.

—Gracias —musitó, débil la voz.

—¿Cuáles son sus planes?

—Seguir frecuentando el trato de Esther Ambler. Pienso que tal vez los raptores de Rebeca se pongan en contacto conmigo. Si consigue averiguar

la identidad de los que murieron en el coche, no deje de avisarme. Estaré siempre en mi domicilio, o con Esther. Le llamaré varias veces al día. ¿Algo más, jefe?

El rostro de Heinz se había humanizado.

—Un consejo. No se arriesgue innecesariamente. Tal vez se trate de una amenaza para acobardarnos. Suerte.

—La necesito.

El miembro del FBI abandonó el despacho del inspector y minutos más tarde, en el «Aston Martín», se internaba en Central Park, una isla de vegetación en la selva de cemento de Nueva York, el pulmón de la gran ciudad.

Necesitaba serenarse, pensar a solas.

La idea de que su hermana estuviese en poder de seres sin escrúpulos, quizá recibiendo malos tratos, amenazaba enloquecerle.

Aparcó el vehículo cerca del zoológico y tomó asiento en un banco de madera, en una plazoleta donde los árboles brindaban fresca sombra.

Durante un largo espacio de tiempo no pudo concentrarse. Tan solo pensar en Rebeca e imaginarse una serie de terribles castigos para sus raptores, deleitándose con la posible venganza.

En la certeza de que tales pensamientos no servían para rescatar a su hermana, se puso en pie.

Andaba a ciegas. Las tres posibles pistas se las arre bato la muerte.

Esther Ambler era el único débil lazo que poda unirle con sus cobardes enemigos y, sin vacilaciones montó de nuevo en su automóvil.

El rugido de un león, feroz o nostálgico, procedente del inmediato zoo, hizo sonreír al joven con tristeza. En plena civilización imperaba también la ley del más fuerte, el lenguaje de la violencia.

¡Pobre Rebeca, en manos de seres peores que fieras!

Abandonó Central Park y, sorteando él enorme tránsito neoyorquino, se detuvo en un aparcamiento vigila do, inmediato al domicilio de los Ambler.

Anduvo con paso rápido hasta el edificio en el que Esther habitaba. El ascensor le condujo a la séptima planta.

Pulsó el timbre de la puerta, una y otra vez, sin que nadie acudiera a abrirle.

Tal vez la mujer hubiera salido. ¿Dónde?

La esperaría.

Con un juego de ganzúas no le fue difícil penetrar en el amplio apartamento.

En su interior, el silencio era absoluto.

Al llegar al *living*, se detuvo. La lámpara estaba derribada sobre el diván del tresillo. Era un claro signo de que algo, y no grato, había ocurrido allí.

Acometido por un trágico presentimiento, penetró en el dormitorio, con

el «Colt» en la diestra.

Allí el desorden era mayor, pero no encontró rastro de Esther Ambler. La mesilla se hallaba en el suelo y las ropas de la cama revueltas.

¿Un rapto?

La puerta del cuarto de baño, entornada, le estremeció.

Caminó despacio, temeroso de que el peligro le acechara. Al abrir la hoja de madera se detuvo petrificado, tensos los músculos, con ganas de gritar.

La bañera estaba llena y en ella, de bruces sobre el agua, una mujer rubia, completamente desnuda.

Tocó con los dedos la femenina cabeza, que se hundió entre un lúgubre chapoteo.

¡Era Esther Ambler!

De nuevo la muerte en su camino, borrando las posibles pistas, cegando sus investigaciones.

Registró la casa, con el afán de encontrar al culpable de tan cobarde crimen.

El que lo hizo tuvo tiempo de escapar.

¿Quién?

¡El mismo que se apoderó de su hermana, quizá por idéntico motivo, para que no pudieran contarle lo que supieran con respecto a las amenazas hechas a sus maridos!

Se puso al habla por teléfono con Mac Lean para informarle de su macabro descubrimiento, y terminó:

—La esposa de Robert Shaw corre un riesgo mortal. Envíe a dos hombres a custodiarla y…

—Ya es tarde —le interrumpió la voz cansada del inspector—. Hace quince minutos apareció estrangulada. La encontró uno de sus hijos, quien, con sus lloros y gritos, sembró la alarma. ¡Debimos imaginarlo! ¡Nunca me perdonaré mi estupidez!

Breusac, sin responder, colgó el audífono.

¿Por qué raptaron a Rebeca, en vez de asesinarla? Sólo había una respuesta posible: iban a utilizarla contra él.

No había hecho más que llegar a tal conclusión, cuando sonó el timbre del teléfono. ¿Heinz Mac Lean para darle nuevas noticias, o para reprocharle la descortesía de no haber esperado a que terminase de hablar?

Ovó una voz de hombre, desconocida, al otro lado del hilo, una voz metálica, muy aguda. Supo que su interlocutor la desfiguraba a propio intento.

—Breusac. Imagino que está ahí. ¿Me equivoco?

—No. ¿Con quién hablo?

Alguien rio suavemente.

—Imagino lo que daría por saberlo. ¿Vio ya a Esther? La esposa de Shaw también fue…

—Lo sé. ¡Es usted un cobarde asesino de mujeres!

—La tercera, la que más le interesa —fue la viva réplica—, aún vive. ¡Es peligroso para ella que tenga la lengua tan suelta! ¿Me pedirá perdón ahora mismo? Si no lo hace…

—¿La matará?

—No. Algo peor, en principio. Se la entregaré a uno de mis muchachos para que se divierta, imagínese cómo. He tenido que imponerme en dos ocasiones para impedir lo que, personalmente, me repugna. ¡Lo haré en unos segundos, si no se disculpa! ¡Voy a colgar, Breusac! Después, si continúa ahí, volveré a ponerme en comunicación con usted para contarle con detalle todo lo ocurrido. ¡Pídame perdón! ¡No se lo repetiré!

—¡Espere!

Más que una palabra fue un grito de angustia, de desesperación, de rabia.

—Le escucho.

Samuel crispó tanto los puños que los nudillos le dolieron. Dijo al fin, con infinita amargura:

—Siento haberle dicho eso. ¡Respete a Rebeca!

De nuevo, la risa de su misterioso interlocutor pareció enloquecer al agente del FBI.

—Me gustan las personas sensatas. El futuro de su hermana depende de usted. Ella no tendrá tanta suerte como las otras. Servirá de juguete a mis hombres si no me obedece, la azotaremos desnuda para que al dolor se una su vergüenza, le arrancaremos las uñas una a una y… ¡tardará semanas, quizá meses, en morir!

—¡Monstruo!

—¡Modere sus expresiones, Breusac, o tendrá que disculparse de nuevo! Sé que está solo y que en la casa no hay más que un teléfono. No podrá hacer nada por investigar desde dónde le hablo. Le prevengo que estoy en una cabina pública para que no pierda el tiempo. Soy un hombre práctico.

—¡Lo que pretenden es absurdo! ¡No depende de mí! ¡El FBI no se detendrá por nada ni por nadie!

—Lo imaginaba. Digamos que la nota fue una broma, un ponerle a prueba los nervios. Voy a comenzar un experimento de interés: la doma de un hombre indomable. ¿Sabe que tiene fama de terrible en Nueva York, Samuel? Perdone que le trate con tanta familiaridad. Considero que es hora de que prescindamos de protocolos. ¡Hablaremos tantas veces! Quizá hasta lleguemos a ser amigos. ¿No lo cree?

Era terrible la ironía del que le hablaba. Breusac se sintió estremecido.

—¿Piensa que puedo convertirme en un traidor? —inquirió.

La respuesta tardó unos segundos en producirse.

—No utilice palabras tan fuertes. Ya le diré lo que deseo. ¡Serán órdenes secas, sin preámbulos! Le preguntaré cosas que sé y que ignoro. Al menor fallo, su hermana conocerá lo apasionados que son mis hombres, uno tras otro. Le advierto que será inútil que intente ganar tiempo cuando vuelva a hablarle. Invertiré segundos. No tendrá ninguna oportunidad.

Una idea cruzó como un relámpago por la mente de Samuel.

—¿Cómo sé que Rebeca vive?

—Ella está junto a mí y va a decírselo. Escuche.

El corazón palpitó, loco, en el pecho del hombre Una voz de mujer, que le era muy familiar, le dijo:

—Hola, Samuel. Tengo un cuchillo apoyado en la garganta y...

—¿Dónde estás? ¡Dintelo pronto!

La respuesta fue la voz burlona de su enemigo:

—No lo sabe. Tuvimos que golpearle en la cabeza porque se resistía. Es muy valerosa, pero... no aguantará lo que le espera, a no ser que usted colabore. ¿Cuál es el nombre de su jefe en Nueva York? ¡Vamos! ¡Contésteme!

—Inspector Heinz Mac Lean —repuso Breusac trémula la voz, incapaz de oponerse.

—La prueba fue buena. Una pregunta fácil. Otras lo serán también. ¡Saltará usted por el aro que yo coloque, como un león díscolo, pero domado!

—¡Necesito su palabra de que nada le ocurrirá Rebeca!

Se dijo íntimamente que se comportaba como un estúpido. ¡Nada valía la palabra de un criminal!

—La tiene. ¿No me reprocha un fallo?

Tan aturdido estaba Samuel, que tardó unos segundos en comprender.

—¿Se refiere a haberme dicho que me hablaba desde una cabina pública?

—¡Chico listo! ¿Lo advirtió?

—No, hasta ahora.

—Lo imaginaba. ¡El amor ciega hasta a los más sagaces! Mis próximos contactos serán peligrosos *y* los haré desde distintos lugares. De todas formas, no habrá tiempo para localizarme. Seré conciso, escueto. ¡No lo olvide!

El agente del FBI supo que su interlocutor iba a colgar, y exclamó:

—¡Espere!

—Ya no hay más charla. Hasta muy pronto, Samuel, querido amigo...

La risa suave, sardónica, de aquel hombre fue lo último que oyó Breusac antes de que sonara el clic revelador del corte de comunicación.

Colgó a su vez para, con dedos que temblaban, marcar un número de la Central Telefónica. Después de identificarse pidió que intentaran averiguar desde dónde se había efectuado la llamada.

—Imposible, señor. Lo tenemos prohibido. Diríjase al jefe del servicio. Aunque así no fuera, es necesario controlar su teléfono de forma concreta, con un vigilante a la escucha. Son miles de comunicaciones las que se producen cada minuto.

Al depositar el audífono en la horquilla, sin una palabra, consciente de la verdad de lo que acababa de oír, Samuel se dijo que por salvar a su hermana era capaz de todo, hasta de lo más innoble.

¡El agente Breusac convertido en traidor!

Tal idea le espantó. ¡No permitiría, de ningún modo, que a Rebeca le ocurriese nada irreparable! ¡Y menos aún que la torturasen!

¿Cómo iba a impedirlo? ¿Sometiéndose a la doma de que le hablaran por teléfono?

Olvidado de lo que no fuera su íntima tragedia, se dejó caer en uno de los sillones.

¡Sus enemigos le tenían a su merced!

¡Estaba acorralado!

Hundió el rostro entre las manos, preso de la más viva desesperación.

¿Qué hacer?

Se abstrajo en ideas confusas. Unas veces predominaba en Breusac el heroísmo, el recto sentido del debe por encima de las circunstancias familiares y persona les. Otras, por el contrario, se consideraba capaz de todas las humillaciones y vilezas por impedir que Re beca sufriese una suerte atroz.

Le sobresaltó un timbrazo.

Al ponerse en pie, supo que había olvidado el cadáver de Esther flotando en su bañera, el problema que la red del espionaje enemigo planteaba a su país, su juramento de federal...

Heinz Mac Lean, al que acompañaban media docena de hombres de los servicios especiales y el juez y el forense, le saludó, secamente, según costumbre:

—¡Hola! Ya iba a forzar la entrada. Me duele el índice de pulsar el llamador.

—No le oí.

—Lo supongo. ¿Viene con nosotros?

—¡Prefiero quedarme donde estoy!

—Volveré a que charlemos. ¡No se mueva!

Samuel se sintió invadido de una sorda irritación ¿Por qué el inspector utilizaba siempre el imperioso tono de autoridad? Era un hombre que había nacido para dar órdenes.

De nuevo solo, mientras la gran máquina policíaca se ponía en marcha, el agente del FBI pensó en la posibilidad de que en el domicilio hubiese una posible pista de los asesinos.

Vio un secreter en uno de los extremos del *living* y comenzó a

registrarlo. En uno de los cajones encontró una agenda de notas, encuadernada en piel marrón, y al oír ruido de pasos inmediatos se la guardó en el bolsillo, sin saber exactamente por qué ocultaba una posible prueba.

Mac Lean inquirió:

—¿Halló algo ahí?

—No.

—Los muchachos buscarán. ¿Alguna noticia de su hermana?

Breusac dudó, decidiéndose al fin:

—Sí, y poco agradable. Quiero que hablemos fuera, donde nadie pueda interrumpirnos. ¿Va contra las normas el que tomemos una copa juntos?

—Sí, pero no que comamos. Le invito.

El joven asintió en silencio, preguntándose a qué obedecería el tono afectuoso del que siempre se le mostrara como jefe y jamás como amigo.

Eran las doce y media de la mañana cuando, cada uno con una bandeja, tomaban asiento en torno a una mesa situada en un restaurante de la Quinta Avenida.

—Ha significado mucho para usted el asesinato de Esther Ambler, ¿no es así? Imagino que estará pasando unas horas horribles, de incertidumbre. ¿Qué deseaba contarme?

Samuel bebió un sorbo de zumo de tomate y refirió al inspector su diálogo con el misterioso individuo, sin omitir detalle.

Heinz Mac Lean, olvidado de la comida, miraba con fijeza el rostro de su interlocutor.

Una vez que Breusac hubo terminado su relato, dijo: —Se compagina mal el deseo de utilizarle con el atentado de que fue objeto en la carretera.

—Ya pensé en eso. Los que nos agredieron tenían la orden de liquidar a Esther y se dispusieron a hacerlo eliminando un posible testigo. Es seguro que ignoraban mi personalidad. Debía de tratarse de simples asesinos a sueldo.

—Pudimos averiguar la identidad de uno de ellos, por las huellas digitales de los únicos dedos que no se le abrasaron. Era Robert Wockler, un matón de cabaret, asiduo al Tropicana, de la Décima Avenida. Sin otros antecedentes que los de numerosos delitos comunes. Temo que esa pista no nos lleve a ninguna parte. ¿Hará posible que continúe entre nosotros esta iniciada cordialidad, Breusac?

El rostro del interrogado reflejó sincera sorpresa.

—¿Soy yo el culpable de nuestra tirantez?

—Sí. También un poco mi maldito carácter. Si me llamara de cualquier otra forma o tuviese un aspecto físico distinto, hubiésemos sido amigos. Usted odia todo lo que le recuerda Alemania. ¡Y yo se lo recuerdo! ¿No es así?

—Tal vez. ¿Dónde quiere ir a parar?

—Los solitarios no prosperan en la vida. ¡Acaban devorándose a sí mismos! Me acaba de dar una prueba de su honradez personal y profesional. No la necesitaba. Le cuento, desde siempre, entre mis mejores hombres. ¿Quiere sincerarse? Ahora comprendo por qué no oyó mis llamadas en el domicilio de Esther. ¿Qué ha pensado?

Samuel inclinó la cabeza con pesadumbre.

—Muchas cosas. Desde sacrificar a mi hermana hasta convertirme en un traidor por salvarla.

Heinz hizo un indescifrable gesto con la cabeza.

—Le honra su sinceridad. Quizá podamos compaginar ambas cosas. ¡Debe de alegrarse de que ella esté viva!

—No lo sé.

Tanta tristeza reflejaba el breve comentario de Samuel que Mac Lean se apresuró a exclamar:

—¡Los muertos son los únicos que no vuelven! Llevamos semanas cosechando fracaso tras fracaso. La mala racha debe acabarse. Comamos, si le parece. Los dos necesitamos pensar.

Breusac miró con fijeza a su interlocutor, que le sonreía con afecto. Dijo, por único comentario:

—¡Creo que fui yo el del maldito carácter y no usted!

—No importa eso ahora...

4

Al pedir el segundo doble de whisky, siempre acodado en el mostrador del Tropicana, un cabaret de baja estofa en los arrabales de Harlem, en la zona donde la gran ciudad se mezcla con el suburbio, Samuel se dijo una vez más que el hecho de haber encontrado el teléfono de aquel establecimiento en la agenda de notas de Esther Ambler, y la identificación de Robert Wockler como uno de los encargados de mantener allí el orden, podía ser una coincidencia.

Era la única pista posible y decidió seguirla, intranquila su conciencia por no haberle dicho a Heinz Mac Lean sus proyectos. El inspector, por vez primera en años, se mostró con él cordial, amistoso, nada autoritario...

¿Por qué no había correspondido a tal cambio de actitud con una absoluta confianza?

Lo ignoraba. Tal vez por el temor de que le prohibiese actuar solo.

Breusac quería tener las manos libres para proceder a su aire, sin legalismos.

—¿Bailamos?

Samuel giró el torso. Junto a él una de tantas chicas de cabaret a la caza de incautos.

La miró apreciativamente. Era joven y bonita. Pese a su aspecto desenvuelto, desentonaba de sus compañeras, que mariposeaban en torno a las mesas.

—¡No!

La sequedad de la réplica no desconcertó a la muchacha.

—Invítame, entonces. Me llamo Eva. ¿Y tú?

—¡Adán! Creo que vas a perder el tiempo ofreciéndome la manzanita dichosa, pero... ¡tú ganas! ¿Qué quieres? ¡Lo más caro, me imagino! ¿Es el diez o el veinte por ciento lo que os dan de las consumiciones?

Ella no se inmutó.

—El quince. Me conformo con un whisky... por ahora.

La mujer se encaramó en uno de los taburetes del mostrador, junto a Samuel, y mientras el camarero le servía, inquirió:

—¿Buscas a alguien?

—Sí. A dos personas. A una chica llamada Esther y a un fulano, mezcla de cocodrilo y orangután, con muchos alias. Me refiero a Robert Wockler.

—A él sí le conozco. Trabaja aquí. Por cierto, hoy se retrasa. Suele llegar alrededor de las diez, y son ya...

—Las doce y cuarto, monada.

—¿Eres amigo suyo?

—Conocido solo. ¿Puedes hacerme compañía mientras llega?

Breusac escrutaba los femeninos ojos. No adivinó en ellos la menor sorpresa. La chica ignoraba, sin duda, que Wockler se había convertido en un torrezno, frito en la gasolina del «Ford» negro.

—Es mi trabajo, Adán. ¿Por qué no vamos a una mesa y me convidas a una botella de champaña? Es más caro y lo prefiero al whisky.

—¿Una mesa discreta y tal? ¿Se permite todo con burbujas?

—Depende.

—Llévame al encuentro de la serpiente.

El federal no se esforzaba en mostrarse cáustico. Su negro humor, su honda preocupación se desahogaba así con la desconocida.

La siguió. Su forma de andar, su figura, le recordaba a Esther Ambler. Pertenecía a ese tipo de damas que fabrican en serie en Estados Unidos para anunciar dentífricos y unas vacaciones en Florida. «Vamps» más o menos sofisticadas.

Se acomodaron en uno de los extremos del salón. En espera de que les sirviesen el vino espumoso, ella preguntó:

—¿A qué te dedicas? Déjame adivinarlo. Hombre de negocios… agente de seguros… periodista…

—No te rompas la cabeza. Soy sepulturero.

La muchacha no rio, limitándose a mirar con fijeza a Samuel.

—¡No me agradan esas bromas!

—¿Por qué una broma? ¿No hay gentes que se ocupan de eso? ¡Te advierto que es una magnífica ocupación, sin posibles quiebras! Me expresé mal, sin embargo. Más que sepulturero debiera haber dicho proveedor de pompas fúnebres.

—Sigo sin reírme.

—Hay verdades que no se creen. ¿Te mandó alguien que te acercaras a mí, o lo hiciste porque soy un individuo estupendo?

—¡Buscaba y busco mi comisión!

Breusac rio forzadamente.

—No seas arisca, Eva de guardarropía. Ya nos traen el champaña. Quizá el vino con agujeritos nos mejore el humor a los dos —Samuel se volvió al camarero—. Déjelo en la mesa. Yo la descorcharé. Me sobresaltan las taponazos. Se parecen a disparos hechos con silenciador. —Una vez que el sirviente se hubo alejado, agregó—: Es cuestión de carácter. Soy algo macabro a veces.

Abrió la botella con destreza, sin que se produjese el menor ruido, y luego de llenar las copas alzó la suya:

—¿Por que seamos buenos amigos, primor?

—De acuerdo. Por nosotros.

Bebieron en silencio, mirándose a los ojos, y Samuel volvió a servir champaña.

Ella, de pronto, rompió a reír.

—¿Qué te hace gracia?

—Pensaba en lo de sepulturero y en todo lo demás, Samuel Breusac, un *g-man* con peores intenciones que una víbora loca.

El agente del FBI no necesitó fingir asombro. Fue auténtico.

—¿Quién te dijo mi nombre?

—El dueño. Nada más verte me ordenó: «Vete a sonsacar a ese pájaro de mal agüero». Añadió tu nombre y oficio. En lo de pájaro, no anduvo descaminado. Serio, pareces un halcón.

—Menos mal. Pensé que ibas a decir un buitre. ¿Cómo se llama tu jefe?

—Luigi Spin, un italiano de suaves modales, más peligroso que una pantera.

—¡Luigi! —se repitió Breusac—. No le conozco.

—Le encerraste hace años por repartir droga. Era solo un intermediario y le pusieron pronto en libertad. ¡Ahí se acerca! ¡No le digas que...!

—Tranquilízate.

Samuel intuyó terror en el rostro de la mujer y se dijo que el afeminado individuo que se aproximaba a la mesa debía ser tan cruel como una mujer cruel. Le recordó vagamente.

—¿Soy incompatible? No me gusta molestar a mis parroquianos.

—Siéntese, Luigi. ¡Nunca olvido las caras!

—¿Me recuerda?

—¡Cómo no! ¿Trabaja aquí?

—Hago trabajar a los demás, que es más rentable. ¿De servicio o a tomar una copa?

—Mitad y mitad. Se lo explicaba a Eva. ¿La lanzó sobre mí?

El italiano, sentándose a la izquierda del federal, repuso, dubitativo:

—Es una costumbre. Me gusta estar bien informado. Supongo que no le molestó que lo hiciera. Es una chica poco maleada. ¡No tardará en convertirse en carroña! Me la recomendó Roben Wockler.

Breusac, que vigilaba a su interlocutor y a la muchacha, advirtió en ella un gesto de sorpresa, por lo que dedujo que lo que acababa de oír no era cierto, que Luigi Spin, sin más preámbulos, había llevado la conversación al tema que deseaba.

Repuso:

—Ya.

El silencio, largo e interminable, era roto por la orquesta, que interpretaba un danzón cubano.

El dueño del cabaret hizo una seña al camarero para que trajera otra copa.

—¿No le importará que beba con usted? No le guardo rencor por lo de entonces. Era un imbécil que me conformaba con ganar un puñado de dólares para que otros se enriquecieran. Por fortuna, al salir de la cárcel, mi suerte cambió.

—¿Le dejaron una herencia?

—Me prestaron dinero. Ahora contrato a hampones para que me protejan. Por cierto, Eva, tu novio no ha venido aún. ¡Ya le diré yo a ese Wockler un par de cosas! ¡No me gustan los vagos!

Sí, pensó Breusac. Aquel tipo estaba inquieto. Quería saber qué era lo que él averiguó con respecto al *gangster.* Desvió la conversación.

—Me alegro de que haya prosperado. Vine a tomar una copa, a husmear un poco. Una mujer, a la que mataron esta tarde, una chica como tú, Eva, tenía en su agenda el teléfono del cabaret.

—¿Quién es? Tal vez pueda ayudarle.

La impasibilidad del italiano era absoluta.

—Se llamaba Esther y era la esposa de Eric Ambler un dentista al que también liquidaron por cuestiones de espionaje. Sabemos ya casi toda la verdad, pero quise remachar las pruebas antes de comenzar las detenciones, algunas de ellas sensacionales. ¿La conocía?

—No. Tal vez si viese un retrato...

—Fíjese en Eva. Me la recuerda por completo, salvo en el color del pelo. Esther era rubia. ¡Una pena de mujer! La ahogaron en su cuarto de baño.

La copa de champaña de Eva cayó sobre el mantel sin romperse. La muchacha había hecho un movimiento nervioso, derribándola. Samuel, sarcástico, exclamó:

—¡El vino es alegría! Te serviré más. Eres demasiado emocional, jovencita ingenua. Imita a tu jefe. No se le mueve un músculo de la cara. Se domina en exceso. Tampoco es lógica tanta calma.

—Quizá se viera aquí con alguno de sus amantes No sé.

—Yo fui su amante y nunca me habló de esto. Mi refiero al Tropicana.

Por vez primera, Luigi Spin pareció desconcertarse.

—¿Va a confesarse conmigo, Breusac?

—Es hablar por hablar. Una charla entre amigos Los asesinos se olvidaron de apoderarse de un libro de piel con tapas color castaño. Había varios apuntes de importancia. Esa agenda me trajo aquí y me llevará a otros sitios. Supuse que alguien podría informarme. ¿De veras usted no, Luigi?

El aludido, perdido el color del rostro, se llevó la copa a los labios.

—Le dije lo que sé.

—¡Más vale que sea así! ¿Le interrogué personalmente la otra vez? No lo recuerdo.

—No. ¿Por qué lo pregunta?

—Me especialicé últimamente en sistemas rápidos para arrancar la verdad. Mis métodos de entonces, muy primitivos, me avergüenzan. Brindemos por el futuro, Luigi. Me gusta tener amigos importantes.

Era feroz la ironía de Samuel. En sus palabras se mezclaban la burla y la amenaza.

El dueño del cabaret bebió en silencio, reprochándose, quizá, haberse acercado a la mesa. Breusac decidió jugar la última carta de la visita, que se le puso más fácil de lo esperado por el encuentro con Spin.

—¿No me invita a una botella? A esta y a otra, por ejemplo. ¡Ah! Debe respetarle el quince por ciento a Eva.

—No me atrevía a hacerlo. Los federales suelen ser muy suspicaces. A cualquier cosa le llaman cohecho.

Samuel, buen comediante, desvió sus ojos de los del italiano.

—Temo que se nos valora en exceso. Somos hombres como los demás y, a veces, con grandes problemas.

—Si es cosa de dinero… yo puedo arreglarlo.

—No, Luigi. Gracias por la amistosa oferta. Es algo más terrible, que me convertirá, en un futuro, en un ser menos escrupuloso de lo que debiera. ¡Me atraparon!

—¿Quién, y por qué?

—¡Eso no importa! Es un problema que nada tiene que ver con lo que mis compañeros realizan para cazar a un grupo de… criminales. Desde hace unas horas no me gusta la palabra traidor. Tampoco los muertos, sobre todo si son mujeres. ¿Debo decir a mi jefe, que me mandó venir, que usted no conoce a Esther Ambler?

—Al menos, no la recuerdo.

—Lo haré así. ¡Se me quitó de pronto la sed!

Breusac sonrió íntimamente, sin que su regocijo se reflejara en su rostro. Le constaba que era un admirable actor y que había sumido en el confusionismo a los que le oyeron.

—No tenga prisa. Mi casa es la suya. Le dejo con Eva. Ella procurará hacerle grata la velada.

—Confío en que así sea, Luigi, aunque lo dudo…

* * *

No hizo Samuel más que introducir la llave en la cerradura de su domicilio, cuando se detuvo una fracción de segundo. El instinto, su gran aliado, le prevenía de un peligro.

Cerró a su espalda, en completa oscuridad. Después su diestra fue a pulsar el interruptor de la luz eléctrica del pequeño *hall.* Su sobresalto no fue fingido al tocar una mano de hombre.

—¿Quién diablos…?

—¡Quieto, amigo! —repuso una voz ronca—. Nuestros ojos se han habituado a las tinieblas y divisamos su contorno. Somos dos y le encañonamos con nuestras armas. ¡No haga el menor movimiento, o es hombre muerto!

Breusac se dejó quitar el 38 sin oponer resistencia. No esperaba que sus enemigos mostraran tan a las claras su juego.

—Confío en que no me liquidaréis. Sé que se me necesita. ¿Por qué no

encendemos la luz y hablamos en torno a una copa? Guardo un whisky escocés de primera calidad.

—Mejor así. El jefe desea hacerte unas preguntas. Tú las contestas y él juzgará después. ¡Ah! Si por cualquier causa nosotros no regresamos a una hora prevista, una chica estupenda, llamada Rebeca Breusac, lo pasara muy mal. ¿Comprendido?

—Por completo. ¡No perdáis tiempo! Quiero que volváis pronto para que a ella no le ocurra nada.

—Nos gusta tu sensatez, *g-man.*

—¿Tu compañero, et mudo, es el que habló conmigo?

—No. Se limita a acompañarme para prevenir posibles riesgos. Queremos saber el progreso de las investigaciones, sin que Olvides nada, ni el más pequeño detalle.

Sonó un leve clic. Samuel supo que habían pulsado la tecla de un magnetófono, iban a grabar sus respuestas.

No dudó en que si se lanzaba sobre aquellos individuos e intentaba arrancarles la verdad a golpes pasaría algún tiempo, por poco que resistieran, quizá más del previsto. Le constaba que la amenaza sobre Rebeca era cierta.

Además, sus planes eran otros.

Habló despacio, midiendo mucho cada una de sus palabras, comando la verdad de lo averiguado, sin omitir la identificación de Robert Wockler y que los técnicos trabajaban cerca del cadáver chamuscado de su compañero para establecer su identidad. Se refirió al hallazgo de la agenda, a su visita al cabaret, a su diálogo con Eva y con Luigi. No silenció nada en absoluto, reproduciendo, incluso, con el menor detalle, su conversación con la chica, una vez que el italiano se hubo marchado.

—Esa Eva es todo un cerebro. No piensa más que en sus comisiones. Sin embargo, me gusta. Sabe bailar y apretarse. No tengo humor para sentimentalismos u otros sucedáneos. ¡Me preocupa mi hermana y también el estarme convirtiendo, por ella, en un traidor!

Temblaron sus últimas palabras, de la forma deseada.

—¿Tuviste que ver con Esther?

—Todo. ¡Lástima que la liquidarais! ¡Era una hembra que valía mucho!

—¿Nada más?

El cerebro de Samuel trabajó con rapidez. ¿Y si le hubieran seguido?

—Olvidé deciros que comí con mi jefe, el inspector Heinz Mac Lean. Tal vez sospecha que me extorsionaréis, aprovechando el rapto.

—¿Le contaste la conversación telefónica que «alguien» mantuvo contigo?

—¡No soy tan imbécil! ¡Me apartaría de las investigaciones! Yo terminé. Ahora me toca a mí hacer una pregunta y exijo que se me conteste. ¿Cuándo de volveréis a Rebeca? ¡Necesito un plazo para su libertad.

—¡Tendrás esa respuesta a su tiempo, cochino *g-man!*

Un duro golpe en la nuca derribó a Breusac, quien intuyendo la agresión por las últimas palabras pronunciadas por su enemigo, se había encogido, aunque no con la rapidez deseada para hurtar su cabeza al ataque En el suelo, medio aturdido, oyó cómo la puerta se abría y pudo ver, a contraluz con la iluminación del pasillo, las siluetas de sus dos visitantes. Uno de ellos llevaba en la diestra un pequeño estuche, sin duda el magnetófono.

Esperó a oír el ruido de la puerta del ascensor y, tambaleándose, cogiendo su «Colt», que se hallaba en el suelo, se dirigió hacia la escalera, comenzando a bajarla con rapidez.

Le acometió un leve mareo en uno de los tramos del piso inmediato al que habitaba y rodó como una pelota, golpeándose en el rostro con los escalones.

Se rehízo en un formidable esfuerzo y quiso ponerse en pie. No pudo conseguirlo hasta transcurridos unos segundos, que iban a serle vitales.

Al llegar al vestíbulo, el ascensor se hallaba ya en la planta baja, a juzgar por las luces indicadoras, y en la calle no encontró a nadie.

¡Había perdido a sus enemigos, a quienes pudieron conducirle al lugar donde se encontraba Rebeca!

Maldijo en alta voz y poco más tarde mojaba su nuca y sus sienes en el agua del lavabo de su apartamento, desinfectándose dos heridas en los pómulos que se hizo al caer en la escalera.

Más dueño de sí, se tranquilizó.

Ganó tiempo con una verdad que poca luz iba a dar a sus enemigos. Esperaba que se confiasen.

Ya en el *living* se sirvió una copa de whisky, que bebió con avidez. Consultó su cronómetro. Eran las tres de la madrugada.

Volvió a ponerse la americana, de la que se había desprendido para pasar al cuarto de baño, mientras murmuraba, feroz:

—¡La noche es aún joven!

De nuevo en su automóvil, con una idea obsesiva rondándole el cerebro, se dirigió hacia el norte de Manhattan, aparcando el automóvil a dos manzanas del cabaret. Aun con riesgo de que se lo robaran, dejó puestas las llaves de contacto. ¡Quizá necesitara huir!

El establecimiento del que era propietario Luigi Spin, formaba esquina con la calle 155, de la que recorrió unos metros para penetrar en el portal de la casa de vecindad en cuyos sótanos se hallaba el *night-club.*

A través de una ventana de la planta baja, saltó a un patio en el que apilaban cajas con botellas vacías. Una puerta lateral centró su atención.

No le fue difícil abrirla utilizando su inseparable juego de ganzúas. Apenas lo hubo hecho, un sonido familiar le hizo sonreír. Escuchaba, muy lejana, la orquesta.

Consciente del peligro a que se exponía, anduvo por un pasillo iluminado de trecho en trecho por bombillas pegadas al techo, cubiertas de polvo y telas de araña.

Se detuvo ante una escalera metálica, de caracol.

Contó los peldaños. Veinte. Tendría que bajarlos con rapidez. Si era sorprendido, haciéndolo desde arriba o desde abajo, sus enemigos le tendrían a su merced.

Pudo llegar sin novedad a la planta inferior.

Se encontraba, sin duda, a la misma altura que la sala destinada al público, en la trastienda.

Dos corredores, en direcciones opuestas, le hicieron dudar. Recompuso en su mente el plano que se forjara del edificio y se adentró por uno de ellos.

Varias puertas a derecha e izquierda le hicieron pensar que quizá se tratara de reservados o de habitaciones destinadas a las muchachas que formaban el espectáculo musical del cabaret.

Siguió caminando, tensos los nervios, sin esgrimir el «Colt». Estaba seguro de que cualquier disparo atraería sobre él a los matones que custodiaban el local.

Se hallaba en un avispero.

En el centro del pasillo, oyó ruido de pasos.

Sin vacilaciones, hizo girar el picaporte de la puerta que tenía más próxima, penetrando en un dormitorio sobriamente amueblado. Estaba vacío, y respiró con alivio.

Se reprochó, tarde, no haber solicitado una orden al juez y con media docena de agentes realizar el registro sin necesidad de exponerse. No lo hizo, Breusac lo sabía, porque el riesgo fue siempre la razón de su existencia.

Además, pocas veces consiguió éxito actuando en grupo. Su fama de buen agente la consolidó en lobo solitario, dejándose llevar de sus corazonadas.

Pensó que tal vez aquella alcoba era la de alguno de los hampones a sueldo de Luigi Spin. Un ventanillo, muy alto, que sin duda enlazaba con un patio interior, era la única ventilación.

Los pasos se detuvieron y la puerta comenzó a abrirse.

¿Buena o mala suerte? se preguntó Samuel. La respuesta fue afirmativa.

Oculto detrás de la amplia hoja de madera, empuñó el revólver. Vio cómo una mano presionaba el conmutador de la luz eléctrica y la estancia, hasta entonces alumbrada por la luz que se filtraba del pasillo a través del montante de cristales, se iluminó.

Breusac, de un puntapié, cerró la puerta a la par que de una zancada se aproximaba a un hombre, con aspecto de matón profesional, y apoyaba el cañón del revólver en su frente.

—¡Quieto, amiguito, o ensuciamos el suelo con tus sesos! ¡Ni una palabra, o te liquido!

El individuo, aterrorizado, fue a retroceder un paso, pero la presión del arma se acentuó en su piel.

—¡Muévete un milímetro si tienes agallas, gusano!

El amenazado, rígido, no parpadeó.

—Así me gusta. ¡Eres un buen hijo de cloaca! Voy a hacerte una sola pregunta y te dejaré en paz. Bueno, dos. Ambas son sencillas... ¿Venías a acostarte? Me parece pronto. ¡Té escucho! Tengo poca paciencia.

—Vine a por... por cigarrillos.

—¿No los venden las chicas faldicortas entre las mesas? ¡Una última oportunidad!

Aun cuando no pensaba cumplir su amenaza, Samuel pulsó ligeramente el gatillo del «Colt». El indeseable se apresuró a decir:

—¡No dispares! ¡Necesitaba inyectarme! En el cajón de la mesa de noche hay una jeringa y varias empollas.

—¿Morfina?

—Sí.

Breusac, muy despacio, siempre sin perder de vista a su enemigo, al que cubría con el arma, comprobó que lo que el hombre le acababa de decir era cierto.

—¡Terminarás loco! ¿Dónde se encuentra el despacho de Luigi Spin? No me respondas todavía. Voy a decirte lo que haré. Pienso atarte y amordazarte. Si me mientes y no encuentro al que busco, volveré, y... ¿Es necesario que te diga lo que te ocurrirá entonces?

El agente del FBI supo que no era preciso que completara la frase. En los ojos del matón se reflejaba el pánico. La necesidad de la droga le volvía más cobarde.

—El pasillo tuerce a la derecha. Es la segunda puerta. Ahí tiene su despacho, aunque es probable que, como de costumbre, se encuentre en el cabaret. Le gusta vigilar de cerca el negocio. ¿No me matarás?

—No. Tan solo...

La diestra de Samuel se movió con rapidez y el individuo recibió el golpe en la cabeza, cayendo al suelo sin sentido.

En unos minutos el *gangster* se hallaba imposibilitado de moverse. Un trozo de almohada sirvió de mordaza.

Las ligaduras, las ropas de cama retorcidas, no eran muy sólidas, pero Breusac calculó que bastarían para sus propósitos.

Se asomó a la puerta, sin ver a nadie, y con paso decidido no tardó en encontrarse ante el acceso al despacho del dueño del establecimiento. El pestillo no cedió y tuvo que utilizar sus ganzúas para penetrar en una habitación muy amplia.

Después de cerrar a su espalda, Breusac se dijo que la ausencia de Luigi

facilitaba la primera parte de su trabajo.

Después de cerciorarse de que la ventilación de aquella estancia era muy similar a la del cuarto donde estuvo anteriormente, un alto ventanillo interior, encendió un portátil. Oiría llegar a cualquiera que se aproximara con tiempo para apagar la luz.

Una mesa amplia, un tresillo, un arca metálica empotrada en la pared, varias sillas y una lámpara de mal gusto completaban el mobiliario.

Samuel, sin perder tiempo, comenzó a realizar un metódico registro para lo cual abrió, uno tras otro, tofos los cajones, examinando minuciosamente su contenido.

No encontró nada de particular, excepto facturas, notas de entregas de mercancías, cartas de proveedores y anotaciones de ingresos y gastos.

Todo era legal.

Se incorporaba Breusac, con el desencanto en el rostro, para dirigirse a la caja de caudales, cuando pasos inmediatos le hicieron apagar la luz y situarse de forma que la puerta, al abrirse, le ocultara.

Oyó una tos ronca al otro lado de la madera y, segundos después, apretaba su «Colt» contra la espalda del que entraba, susurrándole, tensa la voz:

—¡Quieto y en silencio!

Tranquilo por saber la puerta cerrada, volvió a encender el portátil.

—¡Samuel Breusac!

—El mismo, Luigi. Vine a verte, no estabas y decidí esperarte.

El italiano frunció el entrecejo.

—¿Registrando mis papeles? ¿Cómo pudo...?

El federal no le dejó terminar:

—No te quiebres la cabeza. ¡Me filtré por las paredes! Quiero que tengamos tú y yo una conversación muy larga, fuera de aquí. ¡Vuélvete de espaldas!

—No llevo nunca armas.

—Otros las esgrimen por ti, claro. De todas formas lo comprobaré.

Le cacheó con rapidez. Spin no había mentido.

—¿Qué es lo que busca, Breusac?

—Cosas. Abre la caja.

—¡Me niego a hacerlo! Voy a llamar a mi abogado y...

El cañón del revólver se aplastó en los labios de italiano, en un impacto brutal.

—¡Obedece!

—Pero... —quiso aún resistirse Luigi.

Un nuevo golpe, más brutal que el anterior, propinado en las costillas, venció la resistencia de Spin.

Sus dedos manipularon en la combinación y la hoja metálica giró levemente.

—¡Aparta! ¡No termines de abrirla! ¡Puedes tener una mala tentación si hay un revólver dentro! Ponte donde yo te vea.

—¿Sería capaz de dispararme? ¡No lo creo en un agente de la ley!

—A matar, no. Un tiro en una pierna o en un brazo es fácil de justificar como defensa de una agresión o de una fuga. ¡De todas formas, te aconsejo que no te muevas!

Samuel Breusac comenzó a sacar papeles, que examinaba de una ojeada, tirándolos al suelo. Lo mismo hizo con varios fajos de billetes.

No encontró nada comprometedor. Sin embargo...

Se volvió al italiano que, ya recobrado el aplomo, le miraba con fijeza, torva la expresión.

—Vamos a salir tú y yo juntos, sin que nadie nos moleste. ¿Serás sensato?

Luigi inquirió:

—¿En calidad de detenido?

—Para interrogarte solamente.

—¿En Jefatura?

El federal sonrió torvamente.

—Junto al río, a oscuras. Si me dices la verdad, te dejaré ocuparte de tus asuntos. Si te resistes... Otros lo intentaron y aún se arrepienten de haberlo hecho.

Spin tembló.

—¿Puedo saber qué quiere?

—Aquí, no. Fuera.

—¡No iré más que a Jefatura!

Breusac enfundó el arma. Después, muy despacio, se acercó al dueño del cabaret, asiéndole por las solapas.

—¿Qué has dicho?

La mirada de Samuel era dura, infrahumana, cruel Luigi balbució:

—No tiene derecho a comportarse así. ¡No he vuelto a delinquir desde que salí de la cárcel! Quiero colaborar con la justicia.

—¿De veras?

—Sí.

Samuel no dudó en formular una pregunta clave para saber hasta qué punto era sincero aquel hombre.

—¿Quién te facilitó el dinero para montar el cabaret?

El interrogado tragó saliva.

—¿Por qué me tutea? Antes, fuera, no lo hizo.

Breusac supo que pretendía ganar tiempo, pero le hizo el juego.

—Te considero un delincuente, carne de horca.

—Nadie es culpable, mientras no se demuestra lo contrario.

—Eso dicen los legalistas. Espero tu contestación. No te servirá mentir.

Por el brillo de los ojos de Spin supo Samuel que acababa de decidirse.

La respuesta, por lo inesperada, le hizo dudar.

—¿Es cierto, Luigi?

—Completamente. Sus señas son…

—Las sé. Llevas una lista de empleados, con los sueldos que perciben y sus domicilios. ¡No eres muy generoso!

—Ese es asunto mío y de ellos. ¿Algo más?

—Lo otro es muy delicado para que lo tratemos aquí Vámonos y…

Un timbre, muy agudo, sonó en el pasillo. El rostro de Spin se iluminó de gozo al comentar:

—¡La alarma! Si tardo más de un minuto en salir, mis hombres vendrán a buscarme. ¿Qué piensas hacer?

—Escudarme en ti para que nada me suceda.

Como Breusac esgrimiera el «Colt», Spin se apresuró a decirle:

—No habrá violencias. Iremos juntos donde quiera. Nada tengo que ocultar. Mis hombres solo sirven para protegerme de competidores demasiado audaces, pero no dispararán contra un agente del FBI. Le doy mi palabra de que voy a proceder de forma sensata. —Sonaron unos golpes en la puerta—. Déjeme hablar con ellos. No le pesará.

Samuel comprendió que era necesario que pactase con el italiano.

Si como Spin dijo, no era agredido, ¿por qué llevar las cosas a un terreno violento, inexplicable después de cara a su superior, el inflexible Mac Lean? Dijo:

—De acuerdo. ¡Si pretendes jugármela…!

Luigi abrió la puerta. En el umbral había tres hombres armados con revólveres. Uno de ellos era el individuo al que Breusac dejara en la habitación. Consiguió desatarse pronto. Tal vez, alguien le ayudó.

—¡Ese que está con usted me atacó, jefe! ¡Déjeme entrar y le daré lo que se merece!

—¡Quieto! El que me acompaña es un agente del FBI. Volved a vuestros sitios de costumbre. Nada ocurre.

—¿No hablará así porque le amenazó con matarle, jefe? —inquirió uno de los hampones.

—Bien preguntado. Identifíquese, Breusac, para que mis hombres se marchen tranquilos.

Samuel mostró su chapa a quienes le miraban con hostilidad. Dijo:

—Nada le ocurrirá a Luigi Spin. En cuanto a ti —se encaró con el morfinómano—, me olvidaré de que te drogas por esta vez.

El italiano y el agente federal vieron alejarse a los que cuidaban del orden en el establecimiento.

—No quiero volver a la cárcel a ningún precio, Breusac. Mi negocio es todo lo honrado que me es posible. Acabe su interrogatorio. No me gusta lo que hace.

Entraron de nuevo en el despacho. Samuel, meditativo, contempló en

silencio a Spin. Al fin, se decidió:

—Quiero que me digas lo que sepas acerca de las asesinatos de Robert Shaw y Eric Ambler, y sus esposas. También mataron a Paul Hogan y secuestraron a su mujer.

Luigi, muy sereno, dueño de la situación, sostuvo la mirada del miembro del FBI.

—Leí algo en los periódicos, pero no retuve los detalles.

Había firmeza en la respuesta. Breusac, acomodándose en uno de los sillones, admitió:

—Creo que estuve a punto de cometer una injusticia. Pensaba interrogarte a mi estilo, lo que supone algo peor de lo que eres capaz de imaginar.

—Nada hubiese dicho, porque nada sé.

—De todas formas, quisiera registrar el local. ¿Hay inconveniente?

—Ninguno, si viene provisto de una orden judicial. Además, ¿no vio ya más de lo que deseaba?

Señaló los papeles que alfombraban el suelo. Samuel desvió el diálogo:

—¿Está fuera Eva? Quisiera charlar con ella.

—Marchó a su casa a las tres. Es la hora en que se retiran las chicas, única forma de poder cerrar pronto. Ya solo quedan media docena de borrachos. Prefiero que salga por dónde nunca debió entrar. Imagino que lo hizo por el portal. ¿No es así?

—En efecto.

—Entonces, le acompañaré. A pesar de todo, mis muchachos estarán inquietos.

Breusac supo que, por el momento, había perdido la iniciativa y se sometió. En su cerebro, sin embargo, se agigantaban varias dudas. En otro momento más propicio las aclararía.

Ya en la calle, se apresuró a subir a su automóvil y alejarse del cabaret.

La aventura fue peligrosa, pero rentable.

No caminaba a ciegas. Una luz, cada vez más clara, se había encendido en su cerebro.

Tardó casi media hora en llegar a un bloque de apartamentos en el sur de la isla, en Fulton Street, junto al muelle trece.

—Demasiado lujoso —comentó en voz alta, mientras descendía del vehículo.

La puerta que daba acceso al edificio estaba cerrada. No fue obstáculo para Breusac, así como tampoco la de un piso de la planta primera.

En un *hall*, en tinieblas, se inmovilizó, cerrando a su espalda con lentitud.

No quería sobresaltar a la persona a la que le interesaba someter a interrogatorio.

Con una diminuta linterna en forma de llavero, que jamás le

abandonaba, inició un registro que iba a terminar con un fracaso absoluto.

No había nadie en la casa.

Se cercioró de no haberse equivocado por una foto [rafia situada sobre una repisa, en una chimenea francesa, y, calmoso, encendiendo la luz de un portátil, en el *living*, se dispuso a una espera que iba a ser interminable.

Sin advertirlo, se quedó dormido…

5

Despertó sobresaltado, a causa de un timbrazo en la puerta.

Por unos segundos, fruncido el entrecejo, se esforzó en recordar cómo llegara hasta allí, consiguiéndolo con su característica rapidez mental.

Supo entonces que solo los nervios le sostuvieron en pie, que con aquella eran tres noches de completo insomnio, exceptuando unas horas, pocas, en las que consiguió dormir en la dulce compañía de Esther Ambler.

Miró su reloj. Las agujas marcaban las cinco y media de la madrugada.

Pronto amanecería.

La llamada se repitió y fue a abrir.

Se tranquilizó al identificar a dos agentes de la Metropolitana. Uno de ellos desenfundó el revólver de reglamento, encañonándole.

—¿Quién es usted.? ¿Qué hace aquí?

—¿Me deja que me identifique, sin dispararme un tiro?

La voz burlona de Breusac desconcertó al que le había interrogado.

—¡Hágalo! ¡No olvide que le encañono y que no vacilaré en utilizar el arma!

—De acuerdo. Tome. FBI. Busco lo mismo que usted, a una mujer, aunque ignoro qué es lo que pudo traerles aquí.

El miembro de la Metropolitana enfundó el arma saludando a Samuel con respeto.

—Nosotros la encontramos... muerta, en el muelle —¿Asesinada?

—Le clavaron un puñal en la espalda. El acero le atravesó el corazón. Ya hemos comunicado con Jefatura. Vimos en el bolso de la chica esta dirección y decidimos subir por si vivía con algún familiar. Su aspecto nos inquietó.

—¿Tengo tipo de *gangster?*

—Creí advertirle a la defensiva de algo. Dejamos un compañero con el cadáver.

—Volvamos allá. Si quieren dar un vistazo, no me opongo.

—No, señor. Confiamos plenamente en usted.

Samuel cerró a su espalda, solo con el pestillo, y conforme caminaba por la desierta acera, rumbo a los inmediatos muelles del North River, una angustia voraz se adueñó de su corazón. ¡Era la tercera mujer que sus enemigos asesinaban en unas horas! ¡Y Rebeca se hallaba en poder de tales hombres sin conciencia!

Frente al cuerpo de Eva, «la muchacha del quince por ciento», la chica del cabaret Tropicana, Breusac se sintió acometido de una ira inmensa.

Supo que él fue el culpable indirecto del crimen y un nudo de angustia se estranguló en su garganta.

Se hallaba de espaldas y para identificarla tuvo que moverle la cabeza. A la luz de una farola eléctrica pudo advertir un gesto de tremendo terror en el rostro.

Quizá presintió la muerte una fracción de segunda antes de que se produjera.

—¡Bichos repulsivos!

Un agente de la Metropolitana miró a Samuel.

—¡Me gustaría ponerle la mano encima al que le hizo! ¡Era joven y bonita!

—Sí. ¡Era!

La voz del miembro del FBI sonó ronca, como el jadeo de un animal acorralado.

En su interior se agigantó el afán de lanzarse a una acción rápida, exterminadora.

¡No le importaba carecer de pruebas! ¡Las conseguiría con la culata de la pistola, demostrando a sus enemigos que no era fácil de engañar!

El pensamiento de su hermana le serenó.

No. Tenía que obrar con la máxima cautela, no arriesgarse a que otra mujer pudiera morir. Y en aquella ocasión, de su misma sangre.

Contempló a los dos de la Metropolitana, que guardaban silencio, y decidió esperar a que llegasen sus jefes.

Diez minutos más tarde informaba a un teniente con absoluta sinceridad, sin argucias.

—Recibirá una llamada del inspector Mac Lean al distrito. Este caso pertenece a nuestro departamento. Yo esperaba a la víctima en su piso para interrogarla. La muerte se me adelantó!

—¿No puede darme otros datos?

—No me es posible. Mi jefe directo lo hará, si lo considera oportuno. Sí, le aseguro que no se trata de un asalto vulgar, de un crimen de los muchos que se cometen en las grandes ciudades. Debajo de todo esto hay algo que preocupa al país. Si me necesita, ya sabe dónde encontrarme.

—Deme la llave del piso de esta chica. Mis hombres dijeron que estaba usted dentro.

Breusac bajó el tono de voz, al responder:

—Utilicé una ganzúa. ¡No es allanamiento de morada, sino el deseo de no esperar en la escalera! Estuve bailando con la chica hace unas horas.

El oficial frunció el ceño.

—No me gusta lo que me dice. Tendré que informal de ello a mis superiores.

—Hágalo. Es su deber. El mío, ahora, es callarme Estamos del mismo lado, teniente, aunque nuestros ángulos sean diversos. Le aseguro que el que asesinó a esa mujer irá a la silla eléctrica, aunque sea lo último que haga en este mundo.

Tendió la diestra al oficial de la Metropolitana, quien la estrechó con fuerza, alejándose después con un mundo de encontradas ideas en su cabeza.

Si lo que pensaba no era fruto de su imaginación, corría un terrible peligro.

Ir a su casa era exponerse a que le acribillaran desde cualquier esquina, sin provecho para nadie, y menos aun para Rebeca.

Ya en el automóvil, se alejó del muelle para detenerse en un aparcamiento desierto, junto a la iglesia de la Trinidad esquina a Broadway.

Subió la capota del vehículo, accionando un manda del salpicadero, y recompuso, una por una, todas las piezas del *puzzle* sangriento.

Perfiló de forma clara el rostro del culpable o, al menos, del que podía llevarle hasta él.

De nuevo sintió el afán de actuar y tuvo que hacer un formidable esfuerzo para no poner en marcha c, motor del coche.

¡Pobre Eva, inmolada en plena juventud, bárbaramente! ¡Igual que Esther y que la esposa de Roben Shaw!

Uno tras otro fue trazando planes, que desechaba casi en el acto. Llegó a la conclusión de que era preciso que hablara con…

* * *

El inspector Mac Lean apoyó la frente en la mano derecha, con el codo sobre la mesa.

Breusac, al verle cerrar los ojos, se dijo que tal vez se contenía para no descargar su ira sobre él, para no tildarle de indisciplinado, para no culparle del trágico fin de Eva.

Esperó sin inquietud alguna. Fuere cual fuese la decisión de su jefe, pensaba llevar adelante el plan que acababa de someterle, después de referirle el curso de sus últimas investigaciones.

¡No había fuerza en el mundo capaz de impedirle luchar!

Heinz, tras una larga e interminable pausa, miró con fijeza a Samuel.

—De acuerdo. He dudado si formarle un expediente o proponerle para un ascenso. Aún no sé qué hacer. Aguardaré los resultados para decidirme.

—¿Algo más, jefe?

—¡No quiero héroes muertos! ¡Es una orden!

—Procuraré cumplirla, inspector. Adiós.

—Vaya despacio. Necesitaré quince minutos para montar el dispositivo.

—Tardaré más.

Breusac, poniéndose en pie, abandonó el despacho de Heinz Mac Lean, quien, a través de un dictáfono, comenzó a dar órdenes…

* * *

A las ocho y veinte de la mañana. Samuel detuvo su agujereado «Aston Martín» junto a su casa.

Al apearse advirtió que un «Studebaker» modelo 1965 se ponía en marcha, y se previno.

No hubo ningún disparo.

Sin embargo, estaba seguro de que uno de los matones del cabaret Tropicana se hallaba al volante.

¿Y si hubiera sufrido una equivocación? ¡Estaba obsesionado!

Se encogió de hombros, respirando con alivio, al penetrar en el ascensor que le condujo a su apartamento.

Entró en él con precauciones. El instinto le decía que le acechaba un riesgo mortal, que a lo largo de su azarosa carrera, jamás estuvo tan cerca de la muerte como entonces.

Registró las habitaciones, sin encontrar en ellas nada anormal. Pese a ello, su intranquilidad aumentaba.

¿Qué era lo que le amenazaba?

Sonó el teléfono y puso su diestra en el audífono. Imaginaba quién era el que le llamaba.

Estremecido por el presentimiento de que su fin estaba cerca, examinó el aparato, volviéndolo. Un fino cable, apenas perceptible, del grosor de un cabello, se introducía en el mecanismo del teléfono, deslizándose después por la mesa de centro.

Soltó el audífono, siguiendo el rastro unos segundos. Debajo del sillón encontró un envoltorio, no muy grande.

—Una carga de plástico —comentó en voz alta—. Estallará apenas descuelgue el auricular.

El timbre continuaba sonando, pero Breusac se despreocupó de él. Palpaba suavemente la envoltura del explosivo. No ignoraba que el menor error le acarrearía la muerte.

Una protuberancia, levísima, le hizo detenerse. Allí estaba el mecanismo capaz ce hacerle volar, capaz de convertirle en gelatina, en pulpa, en un amasijo sanguinolento.

Miró los precintos de cinta adhesiva blanca, pasando y repasando una y otra vez los dedos sobre los bornes.

Cuando tuvo la certeza de que mientras no descolgara el teléfono o presionase por descuido el disparador el accidente no se produciría, comenzó a desenvolver el paquete, sin apenas moverlo.

Al fin, trémulo, pudo inutilizar el mortífero artefacto, merced a una maniobra en el delicado mecanismo. Comprendió entonces la utilidad de las enseñanzas de la Academia del FBI, el porqué el profesor suspendía periódicamente a quienes tuvieran el más mínimo tallo en el modo de tratar tales explosivos. «Sólo se comete un error en la vida real. Y eso no puede sucederle jamás a un agente».

El teléfono había cesado de sonar.

Samuel, luego de unos segundos de meditación, rehízo el paquete,

colocando los precintos donde estaban. Con un pañuelo borro las posibles huellas dactilares y ocultó el explosivo en el lugar donde lo encontrara.

Respirando profundamente, tomó asiento en una butaca, cerca del aparato, en la certeza de que no tardaría en sonar, diciéndose que jamás estuvo tan cerca de la muerte.

A no ser porque se sabía en peligro inminente, lo que excitó su «sexto sentido», yacería ahora reventado entre una montaña de escombros.

El final se aproximaba. Le dolió, una vez más, no poder precipitarlo, pero la vida de su hermana Rebeca era tan importante como el éxito de su misión.

Miró al teléfono, extrañamente mudo, y en ese mismo segundo vibró en el aire el timbre de llamada.

Descolgó el audífono. Su mano no temblaba.

—Su domador, Breusac. Es usted un chico listo.

—Eso aseguraba mi abuelita hace muchos años, mientras se le caía la baba. Entonces era lógico. Ahora, no lo entiendo.

Hubo un breve silencio al otro lado del hilo.

—¿De veras? ¿Acaba de llegar a su casa?

—A mi piso sí, no al edificio. Hubo una avería en el ascensor y estuve atrapado unos minutos.

—¿Qué tipo de avería?

—Algo estúpido, que no me caracteriza de listo. Cerré mal la puerta externa de la planta baja, y apenas el elevador se puso en marcha se produjo el parón. Tuve que esperar a que un vecino llegara ya que tampoco funcionó el timbre de alarma.

Por la absurda y poco convincente explicación, Breusac pensó que tal vez le creyeran. Imaginaba a su interlocutor preguntándose qué pudo fallar en el plan elaborado tan minuciosamente.

—¿Debo darle crédito?

—¿Importa mucho que haya llegado hace cinco minutos o ahora? ¿Por qué?

Divertido, Samuel aguardó a que su interlocutor rompiera la pausa. Le imaginaba en pleno desconcierto, tragando saliva.

—Es lo mismo. Deseo que…

—¡Espere! ¡Necesito oír la voz de mi hermana! De lo contrario, colgaré.

La réplica se produjo con rapidez.

—¡No fanfarronee! Ella no puede hablarle porque hoy sí es cierto que me pongo en comunicación con usted desde una cabina pública. Bastará una llamada mía a cierto número para que ella muera.

—¿Cómo Eva, apuñalada por la espalda?

—Peor. En lenta agonía. ¿Se lo repito?

—No. Dígame pronto lo que quiere. Usted gana.

—Hábleme de sus últimas investigaciones, ¡sin engañarme!

Samuel forcejeó unos segundos, queriendo negarse con el pretexto de que no le constaba que Rebeca estuviese viva. Al fin, simuló someterse y, sin omitir ninguna de sus actividades en la noche anterior, salvo sus deducciones, contó todo lo ocurrido, incluso su entrada en la oficina de Luigi Spin, en el cabaret, y de qué forma salió del atolladero, sin emplear la fuerza. Se refirió a su espera en el domicilio de Eva, al hallazgo del cadáver y a la visita que hizo al inspector Mac Lean para exponerle su fracaso.

—Cumplí órdenes en todo momento.

Por el largo silencio que se produjo al otro lado del hilo supo que su historia, veraz, había sorprendido a su interlocutor. Sin duda conocía parte de ella y no esperaba tal sinceridad.

—¿Cuál es su criterio de todo lo que nos ha expuesto?

—¡Un traidor carece de criterio! El pacto fue mantenerle al corriente de lo que le interesa. ¡Ya que le entrego mi honor y vulnero mis juramentos no pretenda también que ponga mi cerebro a sus pies! ¡La próxima vez quiero oír a Rebeca, saber de sus labios que está bien, o no seguiré prestándome a su juego, sean cuales fueren las consecuencias! ¿Comprendido?

No obtuvo respuesta. Un «clic» le indicó el corte de la comunicación.

Seguro de que estaba sometido a estrecha vigilancia, atrancó la puerta de acceso a su domicilio, colocando detrás de ella una pesada cómoda, y se dispuso a cumplir la parte más terrible del plan elaborado con el inspector Heinz Mac Lean.

Permanecer oculto hasta las dos de la madrugada, sin moverse de allí, rumiando su impotencia, era una dura, una terrible prueba, para un hombre de acción.

Todo el trabajo policíaco en esas horas correría a cargo de sus compañeros federales, toda la plantilla de Nueva York en acción con el auxilio de medio centenar de detectives de la Metropolitana.

Cerró todas las ventanas para que nadie pudiera descolgarse desde pisos superiores y sorprenderle, encendiendo las luces. Voluntariamente se sumió en la noche. Fuera brillaba un sol esplendoroso.

Se dijo que necesitaba dominarse, descansar, y, penetrando en la ducha, se relajó bajo el agua fría poniéndose después un pijama de hilo blanco.

Le costó trabajo conciliar el sueño…

6

No había hecho Breusac más que asomar por el portal de su casa cuando un fogonazo, muy próximo, le hizo comprender que sus enemigos estaban dispuestos a eliminarle.

Se arrojó al suelo una fracción de segundo antes de que el ataque se produjera pero no pudo evitar que el proyectil a él destinado encontrara su objetivo.

Notó una sensación de quemadura en el antebrazo izquierdo y cómo algo viscoso le corría por el codo.

Rodó por las losetas de la acera hasta protegerse detrás de uno de los árboles que jalonaban la calle, perseguido por el zumbar de varios proyectiles. Al no escuchar las detonaciones se dijo que sus agresores utilizaban pistolas provistas de silenciador.

No querían sembrar la alarma mientras fuese posible evitarlo.

Protegido a medias por el tronco, no muy ancho, Breusac, que empuñaba su «38», vio a un hombre correr a una docena de metros, en busca de una posición propicia, lateral, para acribillarle.

Hizo un único disparo, que retumbó en la noche como un trallazo, y el individuo se detuvo en seco, alzando mucho los brazos, para doblarse después extrañamente en el aire y caer al suelo en grotesca postura.

Samuel oyó el ruido de un proyectil al chafarse en el árbol que le protegía y oprimió otra vez el disparador contra la ventanilla del mismo «Studebaker» al que viera alejarse al penetrar en la casa a primeras horas de la mañana. Un sonido de vidrios rotos y un grito de agonía le hicieron sonreír con crueldad. ¡Iba a demostrar a los cobardes asesinos que no era una presa fácil!

Miró a derecha e izquierda, para evitar ser sorprendido, y supo entonces que el ataque se centraba desde el automóvil y al amparo de los árboles fronteros.

La calle se hallaba desierta. Pronto acudirían, atraídos por las detonaciones, los vigilantes nocturnos y las patrullas de la Metropolitana.

Le asaltó el deseo de mostrarse a pecho descubierto y avanzar contra sus adversarios, dándoles un ejemplo de valor y obligándoles a aceptar una lucha cara a cara pero se contuvo. Su vida era preciosa, al menos hasta que consiguiera rescatar a su hermana. Después…

Volvió a hacer fuego, sin mostrarse, contra el vehículo en el momento en que este se ponía en marcha, por lo que el proyectil no encontró el blanco apetecido.

Sus atacantes, frustrada la sorpresa, optaban por la fuga antes de que la presencia de las autoridades les obligara a aceptar un combate en el que

no sería dudoso el final.

Samuel, pese a la huida de sus enemigos, a los que vio perderse en la distancia, no se confió.

Algo muy íntimo le gritaba sin palabras que el peligro subsistía, que aquello era una trampa.

Permaneció inmóvil, tumbado en la acera, oculto por su providencial parapeto, sintiendo cómo la sangre le resbalaba por el brazo.

Si había adversarios emboscados quizá pensaran que alcanzaron al agente del FBI con algunos de los proyectiles que se clavaron en el árbol. La espera, para los *gangsters,* era peligrosa. Cada minuto representaba el peligro de que acudiese la Metropolitana.

Varias ventanas se habían iluminado. Los disparos despertaron a los vecinos. Era probable que algunos de ellos estuviesen telefoneando al distrito más próximo.

Le pareció advertir que algo se movía a su derecha pero continuó quieto. El tiempo jugaba a su favor.

Aprovechó la tregua para recargar el tambor de su «Colt». Apenas lo hubo hecho, dos hombres, abandonando sus refugios, se le mostraron a pecho descubierto.

—¡Vamos por él! ¡No podemos seguir así!

Breusac sintió tentaciones de eliminar a sus enemigos, sin mostrarse, pero no lo hizo. Les ordenó, siempre oculto:

—¡Tirad las armas u os acribillo!

No fue obedecido. Los *gangsters,* arrojándose al suelo, oprimieron los disparadores de sus armas.

El plomo rondó a Breusac quien, en óptima posición, hizo fuego una y otra vez hasta agotar los proyectiles.

Siempre sin incorporarse, volvió a llenar de balas su «38», mientras sonaba la sirena de un coche policíaco.

Esperó a que los agentes de la Metropolitana descendieran del vehículo y oyó:

—¡Están muertos, sargento! ¡Llegamos tarde!

Breusac, enfundando el revólver, ya tranquilo con respecto a su seguridad, se incorporó para, con las manos muy separadas del cuerpo, aproximarse a los representantes de la ley.

Se identificó mientras avanzaba y, siempre cubierto por los revólveres de dos agentes, mostró sus credenciales.

—¿Le atacaron, señor?

—Sí. Me esperaban ocultos para asesinarme.

—¡Le hirieron!

—No es nada. Un simple arañazo y...

—¡Sangra mucho! Mis hombres le llevarán al hospital.

—¡No es necesario! Ayúdeme.

Samuel se quitó la americana, remangándose la camisa hasta más arriba de donde había sido alcanzado por el proyectil. La bala le había atravesado limpiamente un músculo del antebrazo.

Colocó su pañuelo, doblado, alrededor de la herida.

—¡Rómpame el faldón de la camisa, sargento, y véndeme con él!

—Llevo un botiquín de urgencia en el coche.

—¡No puedo perder tiempo!

—Será cuestión de unos minutos.

El de la Metropolitana desinfectó el amplio boquete, mayor en la salida, y, con destreza, puso varias compresas antes de rodear el brazo con una venda de gasa.

—¡Debiera verle un médico, señor!

—¡Tal vez no sea el único agujero que me hagan esta noche! Gracias, amigo. Mañana recibirán en el distrito un informe completo de lo ocurrido aquí. ¿Anotó mi nombre y el número de mi carnet?

El sargento de la Metropolitana sonrió.

—Mentalmente. ¿Quiere que le acompañe alguno de mis muchachos?

—Gracias por todo. No es preciso.

Montó en el «Aston Martín» y pisando el acelerador puso rumbo a...

A las tres menos veinte de la madrugada, entró Breusac en el cabaret. El público, merced a lo avanzado de la hora, no era muy numeroso. Sin embargo, varias parejas bailaban y había hombres y mujeres en el mostrador y en las mesas.

Notaba un agudo dolor en el brazo, pesadez. Un doble de whisky quizá atenuase tales molestias.

Dijo al camarero lo que quería y apuró de un sorbo el contenido del vaso.

—Sírveme otro.

—¿Mucha sed, Breusac?

Era Luigi el que le interrogaba, a su espalda. Le había visto al entrar en uno de los laterales. Se volvió, despacio, casi sonriente:

—Sí.

—¿No prefiere champaña? La casa invita.

—Necesito algo fuerte. Gracias de todas formas.

—¿Dificultades? —inquirió el italiano.

—Unos fulanos quisieron despenarme frente a casa. Me cargué a tres y los demás huyeron. ¿No sabes nada de eso?

Luigi Spin frunció el ceño.

—¿Sigue usted sospechando de mí? ¡No me gusta que me tutee!

Samuel, calmoso, sin dejarse arrastrar por la ira que desbordaba en su corazón, replicó:

—De acuerdo. Es bueno que se guarden las formas. ¡Voy a llevármele detenido, señoría, y a acusarle de ser el inductor del asesinato de una chica

llamada Eva, su socio capitalista según me dijo anoche! ¡Espero que vuecencia no me obligue a utilizar la fuerza! ¡Poseo pruebas de que el excelentísimo señor Luigi Spin, ex presidiario, ex contrabandista en drogas y otras minucias prosperó rápidamente por dirigir una red de espionaje extranjero, pro-chino, en cooperación con un ángel del «quince por ciento», de caderas redondas y otras lindezas! ¿Le interesa a usía saber más cosas?

El dueño del cabaret, pálido como un cadáver, contestó:

—¡Se ha vuelto loco!

—Nunca estuve más cuerdo, criminal distinguido. Cometió una serie de errores y voy a contárselos. ¡Yo soy así de generoso con los fulanos de sangre azul, que exigen un trato de dignidad y respeto!

Luigi crispó ambos puños, trémulo.

—¡Hablemos en mi despacho! ¡Nos oye demasiada gente!

—¡Qué importa eso! Fue muy hábil anoche al mostrarse tan poco amigo de la violencia. Fingí dejarme engañar porque me convenía. Además me interesaba tender la red.

—Hay dos hombres a su espalda.

—Lo imagino. También muchos testigos que no vacilarán en declarar como fue asesinado un federal si es que cometen la tontería de dispararme. Ellos no se atreverán a atacar a un agente del FBI. Seguiré con mi historia, excelentísimo señor traidor.

Samuel Breusac vigilaba a su enemigo. Se debatía en el mundo de las hipótesis, pero eso Luigi lo ignoraba.

—¡Acabemos con esta farsa!

—¡Claro que sí! Richard Costain, al que interrogué personalmente, fue el brazo ejecutor de los asesinatos de Robert Shaw, Eric Ambler y mi cuñado Paul Hogan. Hace un rato, mi jefe, Heinz Mac Lean me dio dos noticias de interés. Balística probará que las balas que mataron a los tres odontólogos fueron disparadas por la pistola de Richard. Además, una investigación a fondo sobre Costain demostró que era punto fuerte del Tropicana y... ¿Continúo?

Samuel pisaba firme por vez primera desde que comenzó a hablar. Luigi se mordió el labio inferior.

—¡Eso no significa nada! ¡El cabaret es un sitio público!

—Ya lo sé, usía —repuso Breusac, cada vez más incisivo, más mordaz—. Insististe mucho, excelencia, con respecto a Robert Wockler, atribuyéndole un noviazgo con Eva que no era cierto. Estabas inquieto, casi seguro de que yo acudí atraído por esa pista. No te equivocabas. Al preguntarte sobre la identidad del que te facilitó el dinero me sorprendió tu respuesta. Te hubiese creído a no ser porque ella me confesó temerte poco antes de que te acercaras. Necesitaste un nombre y diste el suyo, el primero que se te ocurrió. Yo no llegaría a verla. Pensabas matarla para que no dijera que

mentías. Además, tus proyectos eran liquidarme también. La pista se truncaría con dos nuevos cadáveres.

Por el brillo de los ojos del italiano, supo Samuel que estaba en lo cierto. Prosiguió:

—Hubo un momento en que sospeché de Eva, creyéndola una buena actriz. Sólo hasta que la apuñalaron por la espalda mientras yo la esperaba en su piso. Entonces supe, ilustrísimo señor criminal, que me sentenciaste también. ¿Te hacen gracias mis palabras?

—No. Me divierte su aplomo, Breusac y… No. No le matéis todavía. Quiero saber qué más averiguó este maldito federal.

Samuel notó una dura presión en su espalda. Fue a volverse, con las manos separadas del cuerpo, pero no llegó a hacerlo.

—¡Quieto o ni el jefe será capaz de impedir que le liquide!

Samuel giró la cabeza. Un grupo de personas, las que se hallaban en el cabaret, permanecían en uno de los rincones del local. Frente a ellos, dos matones provistos de pistolas.

—Uno de mis muchachos cerró el local, Breusac. Quienes nos contemplan con terror no podrán atestiguar nada. ¡Será una matanza superior a la de San Valentín, en Chicago! Dispondré de las horas precisas para abandonar el país, rumbo a mi nueva patria. ¡Tengo todos los ases!

El agente, del FBI se dejó desarmar por el que le encañonaba por la espalda.

No hizo resistencia. Era suicida. Además, jamás entró en sus planes desencadenar una batalla, al menos hasta que no se cumplieran sus objetivos. Dijo, calmoso:

—Celebro que te quites el antifaz, ilustrísimo señor asesino. Verás que te trato con respeto, como deseabas. Hay algo que no me explico. ¿Podrías aclarármelo?

—Es posible.

—Esther, la esposa de Eric Ambler, ¿sabía que extorsionabais a su marido?

—Sí. Las tres mujeres les presionaron, aterrorizadas por mí. Las capturé una tarde y las traje a un sótano divertido, un segundo sótano de este negocio, no el que registró, Breusac. Ellas sabían algo del terror nazi con los judíos. Les aseguré que Himmler fue un ángel comparado conmigo, demostrándoles algo que no era cierto pero que creyeron: mi condición de italiano al servicio de la Gestapo durante la guerra. Hay palabras que para determinadas personas son sinónimo de terror. Además, las amenacé con asesinar a sus maridos. A los hombres les dije que las vidas de sus mujeres dependían de su obediencia. No les pedimos, en principio, nada que no pudieran hacer. Tan solo que sacaran unas muelas sanas a algunos agentes enemigos y las sustituyeran por otras, que yo les facilité. Dentro, en el hueco de los huesos postizos, iban microfilms, que pasaron las fronteras.

—¿Y el cianuro?

—También. Todos los hombres a mis órdenes llevan dos muelas falsas. Una con veneno y la otra dispuesta a ocultar la información precisa. Fue labor de tres odontólogos a quienes, más tarde, como es lógico, pedimos más cosas. Costó domarles pero sus mujeres desaparecieron. Hasta que ellos no cedieron no las devolvimos, ilesas, pero dispuestas a ser mis mejores agentes. Tu hermana también. Nadie avisó a la policía. Los maridos justificaron las ausencias en la certeza de que un simple aviso a las autoridades representaba la muerte de aquellas a quienes amaban. No me limité a amenazar. Probé que mis amenazas podían realizarse. ¿También lo sospechó, Breusac?

El aludido hubo de hacer un formidable esfuerzo para contener la ira que le dominaba.

—Richard Costain me dio la clave al matarse.

—Mis hombres saben que están envueltos en un caso de espionaje y que si el FBI les apresa se sentarán en la silla eléctrica. Tuve buen cuidado de que se mancharan las manos de sangre con diversos delitos de los que se castigan con la pena máxima. Además, no ignoran que aún en el caso de salvarse los grupos de acción que operan en Nueva York les buscarían aunque se escondiesen en el último extremo del mundo.

Samuel Breusac, satisfecho del giro que tomaban los acontecimientos, afirmó:

—Pese a todo, ninguno se quitará la vida, me refiero a los *gangsters* que nos rodean. Ellos trabajan por dinero y no son fanáticos.

Luigi Spin frunció el ceño.

—¿Qué ocurrió con Richard Costain?

—Le pegué en la boca repetidas veces. Sin duda uno de los golpes le sacó la muela con el cianuro. Un accidente, no un acto de falso heroísmo.

—Todos los que me secundan tienen familia. Unos madres, otros hermanas y… ¡Ninguno me hubiese delatado! Ahora yo me quitaré de la circulación y los restantes se desperdigarán por el país, con falsas personalidades y dinero en abundancia. Otros seguirán nuestro trabajo.

—¿Bajo las órdenes de…? No nos engañemos, Luigi. Tú careces de inteligencia para montar esto. Si acaso, vales para dirigirlo en lo material. Eres el jefe de un grupo que hace lo que se le manda. ¿No es así? Alguien te dio órdenes. Montaste el cabaret y te convertiste en un muñeco de importancia. ¿Apretarías la lengua contra la muela con cianuro en el supuesto de que yo pudiera emplearme a fondo contigo?

Breusac advirtió un brillo de temor en las pupilas del indeseable.

—Sí. Desde luego.

—No. No lo harías. ¡Eres un cobarde asesino, un sádico! Robert Wockler y el que le acompañaba, al que no se pudo identificar por ser un puro chicharrón, se presentaron en el domicilio de Esther Ambler fingiéndose

agentes de seguros. Al menos eso fue lo que ella me dijo. ¿Con qué objeto?

—Pretendíamos que rubricara una declaración afirmando que su marido no ignoraba que estaba amenazado de muerte y que ocultó tal dato a la compañía. Pensábamos permitirle que percibiese la suma del seguro y tenerla a nuestra merced como cómplice de una ocultación que, quizá, hábiles abogados pudieran convertir en estafa o al menos en cobro indebido.

—Pensaste en todo, excelencia. ¿Es posible que pretendas asesinar a ese grupo de personas inocentes e inofensivas?

Breusac señaló a la veintena de hombres y mujeres que continuaban a cubierto por los *gangsters*.

—Tú les sentenciaste. Yo no. De pasar a mi despacho, no habrían oído lo que no deben repetir jamás. Hubo algo en ti que me desconcertó desde un principio.

—¿Qué fue ello?

—No me ocultaste cuál era el curso de las investigaciones que realizabas. Pensé que te había domado.

—Actué en todo momento de acuerdo con el inspector Heinz Mac Lean para proteger la vida de mi hermana. Nada de lo que te dije tenía importancia. ¿Por qué no acabaste conmigo anoche en el sótano del cabaret?

—Siempre es un peligro matar en casa a un federal. Por otra parte estaba siendo una valiosa fuente de información. Confié en desviar así las sospechas. Es un error que enmendaré dentro de unos minutos. ¿Algo más, señor cadáver?

Por primera vez, Luigi Spin se mostraba burlón.

—Tres cosas. Al salir del domicilio de Esther poco antes de que la ahogarais sonó el teléfono. Me puse y no respondió nadie.

—Estaba yo al otro lado del hilo. Quise saber si estaba sola. Repetí un rato más tarde y ella, al decirme que nadie la acompañaba, facilitó mis planes. ¿Qué otras dos preguntas va a hacerme?

—Ya no son preguntas. No me quedan dudas. Deseo decirte, excelencia, y continúo tratándote con el máximo respeto, que vine aquí sin una sola prueba, confiando en que tú, como un redomado tonto, admitieras una culpabilidad que no podía probarte, pues los datos circunstanciales no sirven en un tribunal. ¿Interesante?

El italiano contuvo la respiración, atónito. No daba crédito a lo que oía.

—¡Nadie repetirá lo que yo he contado! —masculló.

—Tal vez, gusano ilustre —repuso Breusac, calmoso, irónico—. Yo, desde luego, no estaría tan seguro.

—¿Cuál era la tercera cosa? Pienso que pretendes ganar tiempo.

—Ya lo tengo ganado, Luigi. Tú lo perdiste desde el principio de este criminal negocio. ¡Nunca triunfa el delito! Veamos. Tú y tus amigos podéis

ir apretando esa muela con cianuro. El FBI y la Metropolitana rodean la manzana de casas y... ¡También las alcantarillas, Spin!

—Saldremos por el aire. En la azotea hay un autogiro de los de desecho del ejército, cubierto por unas lonas. Cabemos todos dentro. En unos minutos habremos burlado a la policía. ¡Se acabó el plazo! Tu hermana...

—¿Está abajo, en ese segundo sótano al que aludiste?

—Sí. Yo personalmente me encargaré de ella. Me disgusta darle una muerte rápida. Es bonita. Un placer que me pierdo. Voy a matarle ahora mismo, Breusac.

—De todas formas, debes reconocer, Luigi, que soy más listo que tú. No me metí solo en la trampa. Al otro lado del mostrador hay...

Tales palabras, dichas en alta voz, para que todos las oyeran, produjeron el deseado efecto. Los dos hombres que cubrían a los clientes del cabaret desviaron un segundo sus miradas para posarlas en el sitio que acababa Breusac de indicar.

Cinco de los que aparentaban estar aterrorizados, esgrimieron con increíble rapidez revólveres, haciendo fuego contra sus enemigos más inmediatos, sin olvidar al que amenazaba de forma más directa a Samuel, el cual, aprovechando el confusionismo, saltó a su izquierda, sobre la barra, derribando una botella de whisky y dos vasos.

Cayó en mala postura, sobre el brazo herido, y torpemente pudo levantarse para, de dos zancadas, penetrar por una puerta estrecha que enlazaba el mostrador con la trastienda.

El fragor de la batalla era extraordinario. Los disparos se sucedían con rapidez, confundiéndose con los gritos de las mujeres que se hallaban entre dos fuegos.

Breusac, desentendiéndose de la lucha, deseaba situarse en el pasillo que enlazaba la sala destinada al público con el sótano a fin de impedir que Luigi Spin, en el supuesto de que hubiese escapado con vida de la granizada de balas, cumpliera su amenaza con respecto a Rebeca.

El segundo sótano al que aludió el italiano le era desconocido. Sin duda se llegaba a él por algún pasadizo oculto.

Anduvo por entre pilas de cajas de botellas y al fin alcanzó el corredor que le interesaba vigilar en el momento que un hombre corría velozmente a pocos metros de él.

Le identificó. Era Luigi.

Permaneció oculto en el umbral de la puerta de salida del mostrador, en el pequeño almacén de bebidas y fue tras su enemigo sin ser observado por este.

Vio a Spin introducirse en su despacho y desde la puerta, que el criminal no se preocupó de cerrar, pudo advertir cómo giraba la mesa de trabajo, suavemente, sin ruido, mostrando unas escaleras de cemento.

El italiano desapareció por ellas, sin descubrir la presencia de su

perseguidor.

Breusac, con un dolor insoportable en el brazo herido, cauteloso, no queriendo fracasar en el último segundo, ya que ello representara la muerte de Rebeca descendió despacio, deteniéndose en el último rellano a tiempo de advertir que Luigi franqueaba una puerta.

Segundos más tarde contemplaba cómo su enemigo con una automática en la diestra, encañonaba a una mujer joven, en pie en uno de los rincones de un cuarto en el que había un jergón de paja en el suelo, una mesa y dos sillas, amén de una cántara de barro, sin duda conteniendo agua, y un plato de metal de los usados en el ejercito. Oyó la voz de su hermana:

—¡No dispare! ¿Qué gana matándome?

—¡Vengarme!

Samuel, desarmado, se lanzó como una tromba contra su enemigo quien, al oír un ruido a su espalda, giró el cuerpo. No tuvo tiempo para oprimir el gatillo. Unos dedos de hierro se aferraron en la muñeca del italiano, en un feroz cuerpo a cuerpo.

El agente del FBI no ignoraba su inferioridad física. Le era imposible valerse del brazo herido.

Aprovechó la sorpresa que su presencia produjo en Luigi para, retorciéndole la muñeca, obligarle a soltar la automática, que cayó al suelo. De un puntapié la apartó a uno de los rincones, mientras encajaba una lluvia de golpes en el rostro.

No sin dificultades alzó el antebrazo en el que recibiera el proyectil y retrocedió uno pasos para esquivar a su antagonista.

—¡Escapa, Rebeca!

Tenía la certeza de que, tarde o temprano, Luigi conseguiría vencerle.

Audazmente, saltó contra Spin alcanzándole con un feroz golpe en una ceja. No logró contener un grito de dolor al encajar un izquierdazo de su antagonista sobre la herida. Luigi, comprendiendo, exclamó:

—¡Mis hombres no desperdiciaron todas sus balas! ¡Voy a acabar contigo!

Breusac eludió la feroz acometida mientras notaba que algo viscoso le corría por el brazo, empapándole los dedos.

Encajó un uno-dos y pudo esquivar un feroz *uppercut* que le hubiese derribado.

Sin embargo, la pelea, Samuel no lo ignoraba, estaba llegando a su fin. Una nube le cegaba la vista.

«¡Debo resistir!», se dijo íntimamente, encajando las mandíbulas en un gesto de suprema decisión.

Un directo aplastó los labios del agente federal, que apenas si distinguía las facciones de su enemigo. Oyó, mientras encajaba un nuevo golpe:

—¡Morirás con tu hermana!

El mareo dominaba casi por completo a Breusac que se movía como un

sonámbulo.

No pensó que la pérdida de sangre le hubiese debilitado tanto. Los proyectiles de los «Colt», lo recordaba tarde, producían unos tremendos boquetes en los miembros heridos, un terrible destrozo.

Sintió un tremendo impacto en la nariz y retrocedió casi dos metros, sosteniéndose en pie por un verdadero milagro. Percibió el «clic» de una navaja de resorte al abrirse *y* la voz del italiano:

—¡No puedo permitirme el lujo de triturarte la cara! ¡Necesito huir antes de que sea tarde!

Breusac observó que su antagonista, aproximándosele, levantaba el puñal para asesinarle y aún tuvo fuerzas para levantar el brazo útil y sujetar el arma blanca, a media trayectoria de su cuello.

Lentamente, el puñal comenzó a descender hasta que la punta rozó la piel de Samuel.

¡Era el fin!

Se sostuvo con firmeza unos segundos, a la desesperada, cada vez más débil.

Luigi, con un gesto de ferocidad en sus innobles facciones, dijo, mientras acentuaba la presión de su muñeca:

—¡Muere!

Un disparo atronó el aire.

El italiano dejó de presionar y la navaja se desprendió de entre sus dedos. Retorciéndose en el aire, Spin se desplomó sobre el suelo de cemento.

Samuel pudo ver entonces a Rebeca, con la automática del italiano en su diestra, que había cogido, sin duda, aprovechando el confusionismo de la pelea.

La oyó murmurar:

—¡Es horrible! ¡Horrible!

La pistola, que la mujer empuñara, cayó de entre sus dedos mientras Rebeca rompía en un sollozo incontenible.

Breusac, sobreponiéndose a la turbación, se aproximó a la mujer.

—¡Me salvaste la vida! ¡No tienes nada que reprocharte! Sin tu ayuda hubiésemos muerto los dos.

—¡Es espantoso lo ocurrido!

—Lo sé. La pesadilla terminó. ¡Estás a salvo!

—¡Dios mío!

El agente federal ayudó a su hermana a sentarse sobre una silla en la certeza de que el llanto la serenaría. Después miró cómo la sangre le goteaba entre los dedos.

Sin duda, el golpe que Spin le propinara aceleró la hemorragia, mal contenida por la cura provisional que le hizo el sargento de la Metropolitana.

Anduvo unos pasos, con torpeza, inclinándose sobre el italiano. Por la contracción del rostro y por los dos hilos rojos que le brotaban por la comisura de los labios, comprendió que aquel hombre agonizaba.

—¡Vamos, Luigi! ¿No vas a oprimir la muela con el cianuro? ¡Estás en manos de la ley! En el otro mundo te esperan tus víctimas para hundirte en el más profundo infierno.

El aludido clavó su mirada vidriosa en la del miembro del FBI.

—No soy tan torpe como para no comprender que ya tengo lo mío. No será preciso el veneno. ¿Qué sucedió arriba? No tuve tiempo de advertirlo. Sólo me preocupé de huir.

—La mayor parte de los hombres y mujeres que había en el cabaret eran federales a los que acompañaban miembros de la Policía Femenina de la Metropolitana. Necesitaba tu testimonio público. Distraje a los que vigilaban con una frase ambigua y ello bastó. Sí, vas a morir, Luigi. No podrás llamarte estúpido mucho tiempo. ¿Cómo imaginaste que era tan necio para meterme en la boca del lobo sin protección?

—La temeridad pierde a los hombres. Pensé, sí, en el cerco del cabaret, pero no supuse que parte de los que se hallaban en la sala eran agentes. Todos entraron acompañados de mujeres.

—¿Lo del helicóptero es cierto?

—Sí.

—¿Por qué no te fuiste a la terraza de la casa? ¿Tanto te importaba asesinar a mi hermana?

Spin calló. Su respiración era entrecortada. Breusac supo que no era la fatiga la que le impedía hablar.

—Comprendo —dijo, tras un breve silencio—. Matarla solamente no justificaba el que demorases la huida. Bajaste al sótano a apoderarte de algo que no deseabas que cayera en mis manos, quizá documentos comprometedores. Al verte abajo Decidiste invertir unos segundos en cometer un crimen, en vengarte. ¿No es así?

Tampoco obtuvo repuesta. Breusac agregó:

—Es inútil que niegues. Registraremos a fondo hasta encontrar lo que nos interesa. Pronto bajarán mis compañeros. Son expertos. Pedirán una ambulancia y los médicos harán lo posible porque no mueras. ¡Deseo que vivas, Luigi. ¿No imaginas para qué?

—No —musitó el moribundo.

—¡Quiero que te sientes en la silla eléctrica, que veas venir la muerte día por día, hora por hora, minuto por minuto!

Reflejaban tanta ferocidad las palabras del agente del FBI que Spin se estremeció.

—¿Es cierto que fuiste un hombre de paja, un muerto de hambre del que se ha servido una potencia extranjera? ¿Guardas aquí abajo datos que pueden llevarnos a descubrir la red de espionaje?

—Por mí no lo sabrás nunca.

—¿Fidelidad? No imaginé nunca que le fueses leal a nadie, Luigi. ¿Sigo tratándote de excelencia?

Pese a que Breusac sonreía, el dolor del brazo y la hemorragia le iban en aumento.

Hasta que llegasen sus camaradas deseaba sacar algún, provecho del interrogatorio a Spin. Presentía que no le quedaba mucha vida al miserable.

—No es seguro que mueras, Luigi. Si colaboras procuraré que los tribunales sean más benignos y…

—¡Pamplinas! Yo…

Un golpe de tos interrumpió a Spin. Al advertir que la sangre surgía con mayor abundancia de los labios del moribundo tuvo la certeza de que el final se aproximaba.

Fue a insistir en sus preguntas pero su boca no articuló sonido alguno. Una nube densa veló sus ojos.

Al caer Breusac sobre su enemigo, no escuchó el grito de su hermana Rebeca…

7

—¡Tengo una sed horrible!

La mirada de Samuel se posó, alternativamente, en Rebeca y en Heinz Mac Lean. Ambos estaban situados a los pies de la cama.

—Dentro de unos minutos vendrá el médico, hermano. Hasta entonces tendrás que esperar.

—¿Qué me han hecho?

—Curarte la herida, contener la hemorragia y aplicarte dos transfusiones de sangre. No corres ningún peligro aunque habrás de permanecer en cama unos días hasta reponerte.

Breusac entornó los párpados. Le dolía la cabeza. No obstante, inquirió:

—¿Hubo éxito en el registro, inspector?

—Completo. A estas horas nuestros hombres desarticulan en todo el país una red de espionaje de la que Luigi Spin era la cabeza en Nueva York. Ese italiano, con su desconfianza, nos facilitó el camino. Guardaba todas las órdenes recibidas. Incluso grabó las conversaciones telefónicas. Sin duda pensaba en un futuro chantaje. Apresamos vivos también a muchos de sus hombres y con esos datos y las declaraciones de los detenidos logramos llegar a la verdad sin excesivo esfuerzo. Su actuación fue decisiva y así lo hice constar en el informe que envié a Washington. Es posible que venga un ascenso.

—¿Celebrará perderme de vista?

Rebeca intervino.

—¡No seas injusto! Él donó su sangre para las transfusiones. Sé que te estima de veras.

—Me prometió guardar el secreto —dijo Mac Lean a la muchacha.

—No fue una promesa formal. Samuel es vehemente, áspero, en ocasiones cruel. Conviene que sepa la verdad.

—Quizá reviente —bromeó el herido—. Sangre alemana, aunque sea de segunda o tercera generación, con sangre judía forman un revoltijo explosivo. ¿No cree, inspector?

—En absoluto —fue la viva réplica—. ¡Ya va siendo hora de que el mundo olvide las discriminaciones raciales. Voy a Jefatura para ver cómo sigue la redada. Me acerqué a saludarle.

—Gracias, jefe. Gracias por todo. He descubierto tres cosas importantes. Una, y no se ofenda, que es un ser humano y no una máquina, como pensé a veces. La segunda que las mujeres también mueren y la tercera que la vida es hermosa.

Los dos hombres y la mujer sonrieron.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.